

**HERMANDAD DE CONTEMPLATIVOS
SECULARES**

**LA TENTACIÓN Y SUS
TÉCNICAS**

SEGÚN IDEAS DE C. S. LEWIS

Contenido

Introducción

Advertencias importantes

I. Las tentaciones fundamentales

1. Tentaciones contra la verdad
 - a) *La tentación del embarullamiento*
 - b) *La tentación de engreimiento*
 - c) *La tentación del relativismo*
 - d) *La tentación de la jerga*
 - e) *La evolución de las ideas como sustitutivo de la verdad*
 - f) *La tentación de lo necesario y lo urgente*
2. Tentaciones contra la realidad
 - a) *La tentación de cambiar el concepto de lo que es real*
 - b) *Tentación del futuro*
 - c) *La tentación contra la realidad en las relaciones con los demás*
 - d) *La tentación del espiritualismo como huida de la realidad*
3. Tentaciones contra la Iglesia
 - a) *Tentación contra la mirada a la Iglesia*
 - b) *La tentación de la división*
 - c) *La tentación de la variedad a toda costa*
 - d) *La tentación del cristianismo «asequible»*
 - e) *La tentación del cristianismo provocador*
4. Tentaciones contra la oración
5. Tentaciones contra la humildad
6. La tentación de corromper la espiritualidad
 - a) *La deformación del rostro de Cristo*
 - b) *Convertir la fe en un medio al servicio de otros fines*
 - c) *El horror a «lo mismo de siempre»*
 - d) *El espiritualismo como tentación*
7. Tentaciones sobre el Tentador

II. Las armas del Tentador

1. El ambiente

- a) *La influencia del ambiente usada por el demonio*
- b) *Atrapados en un ambiente negativo*
- c) *La tentación sobre la existencia del «mundo»*

2. La superficialidad

3. La distracción

4. La desilusión

5. El ruido

6. La virtud

7. El adormecimiento en la infidelidad

- a) *La inconsciencia de la infidelidad*
- b) *La vaga sensación de culpa*

8. Los extremos

9. Contra la paciencia

III. Tentaciones en los momentos de gracia

1. Tentaciones contra la fe

2. Tentaciones contra el amor

3. Tentaciones contra la esperanza

4. Tentación de la traducción de la gracia

5. Tentación de las prisas

6. Tentación de la proyección hacia el futuro

7. Otras tentaciones

IV. Tentaciones en situaciones concretas

1. Tentaciones ante el sufrimiento y la muerte

2. Tentaciones ante incertidumbres y dificultades

3. El miedo y la tentación

4. Tentaciones en los momentos bajos

5. Tentación ante el pecado

6. La exquisitez como tentación

7. La gula y la castidad

8. Tentaciones en el enamoramiento
9. El falso desinterés en las relaciones humanas

Introducción

Si alguien desea ponerse en camino para buscar a Dios, respondiendo a la llamada que éste le dirige a seguirle, debe prepararse para la lucha, como ya avisa la Escritura: «Hijo, si te dispones a servir al Señor, prepárate para la prueba» (Eclo 2,1). Y en la medida en que se avanza por los caminos de la vida espiritual con más fuerza aparece la tentación que tratará de impedir todo progreso.

Por esta razón, todo planteamiento de vida interior debe contar con el demonio y sus estrategias; no hacerlo sería una grave irresponsabilidad de consecuencias catastróficas.

Precisamente para ayudar a descubrir la estructura de las diversas tentaciones en orden a poder realizar un verdadero discernimiento espiritual que permita avanzar en la vida interior presentamos una recopilación de diversos modos de tentación, analizando la intención de su autor y los mecanismos de los que se sirve.

La tentación forma parte sustancial del entramado humano. Allí donde está el hombre está la tentación. Y el Tentador tiene especial cuidado de trabajar en contra de quienes quieren ser mejores o intentan seguir el camino al que Dios invita al hombre.

La gente ingenua piensa que es tentación cualquier incitación al mal. Eso supone tener en muy poco al diablo, que no se molesta en duplicar tantas y tantas provocaciones al mal que se fabrica el mismo hombre. No, en estos casos no tiene que hacer nada, simplemente asiste divertido al espectáculo gratuito de la autodestrucción humana.

Donde se requiere un arte verdaderamente sutil es en la auténtica tentación; en la acción perfectamente estudiada por la que la fuerza y las capacidades del hombre que intenta convertirse se orientan precisamente a llevarle lejos de Dios hasta acabar en oposición a él. Y si esto se hace sin que el hombre sea consciente, mejor que mejor.

Nada existe más adecuado para salir al paso de las estrategias del Enemigo que conocerlas. Sólo conociéndolas podemos desmontarlas, descubrir la burda patraña del Tentador y así poder burlarnos de él -«hacerle higas», en gráfica expresión de santa Teresa de Jesús- puesto que «el diablo... el espíritu orgulloso... no puede aguantar que se burlen de él» (Tomás Moro).

El primer presupuesto del que hay que partir es que «el demonio no tiene poder para vencernos, pero sí posee astucia para convencernos» (San Agustín). De hecho no puede nada contra nuestra voluntad, pero se infiltrará por la vía de la razón hasta hacer que ésta doblegue la voluntad. Nuestra atención no debe dirigirse a posibles ataques frontales del grueso de un fuerte ejército en orden de batalla, sino a las sutiles escaramuzas de una guerra de guerrillas que se desarrolla entre los intrincados peñascos de nuestra razón.

Lo cual no quiere decir que el Tentador se tome la molestia de darnos «lecciones» de nada. Eso supondría gastar demasiadas energías en un artista al que le gusta presumir de obras bien acabadas en el más corto espacio de tiempo y con el menor gasto posible de energías. Por eso su trabajo, más que dar ideas al hombre, es evitar que éste tenga ideas. Nada divierte más al Enemigo que ver cómo cualquier falacia, sutilmente presentada, sustituye al razonamiento ordenado e impide que el hombre piense, plenamente convencido de que ha encontrado la verdad.

Veamos, pues, algunas de las muchas maneras que tiene este «artista» de llevar al hombre a la alienación más oscura y destructiva.

Para elaborar este elenco de tentaciones hemos partido de las luminosas intuiciones del libro de C. S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, Madrid (Rialp) 17ª ed., 144 pág., que es un verdadero tratado sobre la tentación, de obligada lectura y reflexión para el que pretende adentrarse en serio en la vida cristiana. Este libro posee el valor añadido de presentar un contenido tan importante y profundo de una forma amena y muy atractiva, debido a un uso magistral del humor. Parte de la ficción de un diablo experto que escribe una serie de cartas a su sobrino, también diablo, para asesorarle en el oficio de tentador que está comenzando. Y, al hilo

de estas cartas, el autor nos descubre las diversas estrategias que tiene el enemigo para inducirnos al pecado y nos ofrece un espejo en el que podemos reconocernos fácilmente bajo el asedio de las tentaciones con las que el demonio trata de apartarnos del bien y la verdad.

La misma genialidad de esta obra, que une la profundidad de su contenido y la amenidad de la forma en la que está expuesto, convierte el humor de la exposición en un atenuante de la gravedad de la materia que trata. Incluso la ironía que supone exponer la dinámica de la tentación desde la perspectiva de un demonio que enseña a otro los trucos de su profesión, hace que frecuentemente resulte difícil captar la gravedad e importancia que tiene el fenómeno de la tentación para el discernimiento y el avance en la vida cristiana.

Precisamente para rescatar las valiosas intuiciones de Lewis y permitir una comprensión más adecuada de las mismas, hemos tratado de extraer el contenido implícito en esas cartas y presentarlo en forma expositiva, intentando estructurar de una manera lógica las diversas tentaciones, eliminando o añadiendo lo que se necesite para este fin. Por ello hemos añadido algunos ejemplos ficticios, pero muy frecuentes o cercanos, que pueden ayudar a entender mejor el proceso de la tentación. Es evidente que así se pierde la gracia y el estilo de Lewis, pero quizá se pueda ganar en precisión y profundidad.

Las presentes reflexiones no pretenden sustituir al libro de Lewis, cuyo innegable valor es indiscutible, sino que tratan de servirle de complemento que ayude a aprovechar mejor una importante enseñanza que puede quedar escondida bajo la genialidad de su forma.

Advertencias importantes

Ofrecemos aquí una amplia reseña de diversos tipos de tentaciones, en muchas de las cuales nos podemos ver reflejados porque hemos experimentado su fuerza o hemos caído alguna vez en ellas. Si pretendemos tener un simple conocimiento de la tentación bastará con la lectura del texto que presentamos. Pero si lo que buscamos es un conocimiento más profundo del proceso de

la tentación de cara a profundizar en el discernimiento, será necesario hacer un ejercicio más profundo que la simple lectura. Para aprender a identificar las diferentes tentaciones tendremos que hacer un ejercicio de aplicación, buscando ejemplos -reales o ficticios- en nosotros mismos o en los demás. El hecho de que la tentación suela pasar desapercibida es uno de los elementos fundamentales de los que se sirve el Tentador para llevarnos a su terreno; y esta misma facilidad que tiene la tentación para no ser detectada hace que nos resulte muy difícil identificarla incluso cuando estamos tratando de ella. Solamente una aplicación concreta, práctica y acertada de la tentación nos puede permitir descubrirla y, a partir de ahí, vencerla.

Dejando aparte una posible lectura superficial, proponemos una serie de pautas importantes para utilizar el presente material de modo que sirva para una formación real en el campo moral y psicológico y ayude claramente en el discernimiento.

1) Lo primero que hemos de tener en cuenta es que el presente material hace referencia fundamentalmente a las tentaciones, que son el fruto de la acción del demonio en el hombre. Por tanto no entramos en la influencia de los otros enemigos del alma: el mundo y la carne. No debemos olvidar la influencia del mundo que nos arrastra con tanta facilidad al pecado, así como el impulso que ejercen nuestras propias pasiones en el mismo sentido. Se trata de dos realidades que acompañan y agravan la fuerza que el Maligno utiliza contra nosotros. Hemos de tener en cuenta que se trata de campos diferentes al que vamos a tratar, aunque se sirva de ellos con frecuencia el Tentador.

2) Por tratarse de un material eminentemente práctico y dirigido al discernimiento debemos utilizarlo muy dosificadamente. Bastará la lectura de una tentación para ayudarnos a hacer criterio. Una lectura continuada de varias tentaciones normalmente será perjudicial, porque impedirá el asentamiento interior que ayuda a hacer criterio y permite realizar un claro discernimiento espiritual.

3) Cada uno de los casos que se presentan viene acompañado ordinariamente de uno o varios ejemplos que lo ilustran. El objeto de dichos ejemplos es hacer más inteligible la tentación en cuestión; sin embargo pueden convertirse en un inconveniente si nos llevan a

limitar el alcance de una tentación concreta al ejemplo propuesto. Si queremos servirnos de este material para tener una mejor formación moral, deberemos leer y meditar despacio cada una de las tentaciones y buscar en nosotros mismos o en los demás ejemplos reales o posibles de las mismas. Sólo después de haber realizado este imprescindible trabajo, podremos buscar en los ejemplos propuestos un contraste que nos ayude a revisar nuestra comprensión del tema.

4) Aunque las tentaciones aparecen analizadas individualmente, no siempre vienen solas y por orden. No hemos de olvidar que pueden acometernos varias tentaciones a la vez. De modo que el estudio de las mismas debe tener en cuenta que la mayor parte de las tentaciones se relacionan entre sí y pueden darse a la vez para aumentar su fuerza. Por esta misma razón podemos encontrar semejanzas y conexiones entre las diversas tentaciones que presentamos.

5) Aunque un elenco tan amplio de tentaciones puede crear en el lector la impresión agobiante de la enorme fuerza del mal, hemos de tener presente siempre que por grande que sea la tentación mucho más grande es la gracia; y por fuerte que sea el demonio mucho más fuerte es Dios. Para el que se emplea a fondo en el combate cristiano, la tentación, lejos de ser un instrumento infalible de fracaso espiritual se convierte en ocasión providencia de fortalecimiento interior y de crecimiento evangélico.

I. Las tentaciones fundamentales

1. Tentaciones contra la verdad

La verdad es el ámbito imprescindible para la relación con Dios, la conversión, la caridad... Ésta es la razón por la que el Tentador tiene tanto interés en sacarnos del ámbito de la verdad para poder apartarnos de Dios. No es de extrañar, por tanto, que tenga un buen arsenal de armas para atacar la verdad y para sacarnos de ella.

Por otra parte, el hombre tiene un deseo profundo de verdad y de acomodar su vida a ella. Aunque este deseo no siempre sale a la superficie, porque frecuentemente está enterrado en lo más profundo de la conciencia, si este deseo de autenticidad comienza a emerger alguna vez al plano consciente, el Tentador intentará impedir que el hombre se ponga en marcha hacia la verdad; porque de acercarse a ella podría cambiar sustancialmente su vida. Y para evitarlo intentará varias estrategias:

a) La tentación del embarullamiento

El Tentador procurará, por todos los medios a su alcance, embarullar la mente y la conciencia del hombre. No debemos olvidar que el objetivo del Enemigo no consiste en «enseñar» el camino del mal, sino en dificultar el camino del bien, haciendo que éste parezca complicado o imposible; y su mejor arma no es la mentira en estado puro, sino la mezcla inseparable de verdad y mentira. El demonio es el maestro de la mentira -Jesús lo definió como «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8,44)- porque intenta crear el mayor barullo posible para que no se pueda ya separar lo que es verdad de lo que es mentira. Si mintiera siempre sería más fácil desenmascararlo: pero él sabe que para el hombre es más difícil salir de la confusión que de la mentira.

Una pareja está casada por lo civil y no pueden casarse por la Iglesia porque el marido está separado de su primera mujer. Uno de sus hijos va a hacer la comunión. En las reuniones de padres les han dicho lo conveniente que es que comulguen con sus hijos. Ellos saben que su situación no está del todo bien, pero tampoco ven con claridad

que esté tan mal. Tienen que tomar una decisión, pero el Enemigo no quiere que busquen con sencillez la verdad, que está muy clara, y que sería la oportunidad de que se planteasen en serio su situación. Entonces les mueve al embarullamiento. Ella se dedica a buscar distintas opiniones de sacerdotes, planteando lo más confusamente posible su situación; de modo que si la solución que le da uno no le gusta busca a otro. Al final encuentra soluciones para todos los gustos, de tal manera que llega a la conclusión de que «vaya usted a saber quién tiene razón», «si ellos no se ponen de acuerdo...», y a partir de ahí se siente justificada a hacer lo que más le convenga (no lo que le parezca más verdadero): hace una confesión superficial, en la que oculta el hecho problemático y comulga junto a su hijo el día de su primera comunión. Él, por el contrario, se dedica a buscar el mayor número de opiniones posibles en libros de teología, en revistas religiosas, en la prensa..., al final llega a tal barullo que encuentra justificación para seguir tranquilamente en su situación. También se acerca a comulgar, pero sin confesarse, y se siente con argumentos para atacar a «ciertos sectores de la Iglesia» que no han sabido adaptarse al mundo.

Una buena mujer ha tenido un conflicto familiar en el que la discusión le ha llevado a levantar la voz y generar tensión. Al final se ha creado mal ambiente y ella se queda con remordimiento de conciencia. Cuando se serena, recapacita y decide tratar de arreglar la situación. Al pensar cómo deberá pedir perdón o mostrar algún gesto de amabilidad, el Tentador irá sugiriendo argumentos que la obliguen a replantearse las cosas hasta llegar al agobio, sugiriéndole el problema que se puede crear si su petición de perdón no se entiende bien, o si realmente no sería preferible esperar a que los demás le pidan perdón a ella, o si un gesto de amabilidad no resultará una forma de claudicar ante los demás... Al final tantas posibilidades llevan a un estado de desconcierto tal que decide no tomar ninguna decisión; es decir, no hacer nada de lo que en principio veía claro que tenía que hacer.

b) La tentación de engreimiento

Una de las estrategias para apartarnos de la verdad es hacernos creer que ya estamos en posesión de ella y que, por lo tanto, no tenemos necesidad alguna de buscarla. Para buscar la verdad es necesario un punto de partida: la humildad del que se sabe necesitado de una verdad que no tiene. Pues bien, ante el primer atisbo de esta humildad que mueve al hombre a buscar la verdad, el

Tentador reaccionará apartándole de cualquier búsqueda eficaz de la verdad (leer, consultar, investigar...), dándole la sensación de que el conocimiento superficial que ya tiene -y que es simplemente el fruto de conversaciones de café, de opiniones de radio o televisión, o de someras lecturas de folletos- coincide con el «resultado de las últimas investigaciones» y no necesita «profundizar más».

Un hombre de negocios vive tan atareado que apenas encuentra tiempo para ir a misa; por lo cual no deja de sentirse culpable. El Enemigo ya le ha sugerido que se deje de tonterías y que atienda a lo fundamental, que es su negocio. Sin embargo, persiste cierta incertidumbre interior que le obliga a plantearse las cosas más a fondo. Se le ocurre que podría comentar el asunto a un sacerdote para que le ayude a solucionar el caso y así empezar a poner en orden su vida. Nada más oler la posibilidad de una posible reforma de vida, el Tentador sugerirá la imagen ridícula de un niño preguntando algo banal a su abuelo para hacerle ver lo ridículo de contar con los otros, sobre todo de alguien que entiende más de asuntos de conciencia, hasta llevarle a desistir de su idea: «¡Vaya tontería ir ahora a preguntarle a un cura, cuando yo me basto por mí mismo para resolverlo!» De esta forma seguirá metido en su lío y la misma inercia le llevará a olvidar la cuestión y a dejar de plantearse cualquier tipo de respuesta.

c) La tentación del relativismo

Una de las armas que durante los últimos siglos más éxito le ha dado al Tentador en su lucha contra la verdad es el relativismo; una actitud cada vez más extendida. El relativismo consiste en el convencimiento -tan firme como contradictorio- de que no hay ninguna verdad absoluta, que toda verdad depende del sujeto, del momento histórico, de la cultura o de la sociedad, o de la etapa de evolución en que se encuentra la persona. La verdad se convierte así en una mera opinión, y la búsqueda de la verdad en una quimera inútil. No hay ninguna verdad a la que podamos agarrarnos y todo es susceptible de ser interpretado o concebido de mil maneras distintas, todas ellas igualmente válidas.

El resultado de siglos de relativismo es que el hombre moderno está acostumbrado desde niño a tener dentro de su cabeza un buen número de filosofías o de ideas incompatibles; de tal modo que puede justificarlo prácticamente todo. Si por un momento intenta

superar el ambiente relativista y quiere hacer una selección entre sus ideas buscando las «más verdaderas», el Tentador le sugerirá que el mejor criterio de selección no está en función de la verdad o falsedad, sino en la medida de que estas ideas sean «más modernas», «más prácticas», o «admitidas por más gente». Así acabará convencido de que él busca y sirve a la verdad, cuando no hace otra cosa que ponerse en la cola de la gran masa de inconscientes.

«La Iglesia tiene que ponerse al día», «la Iglesia no está con la sociedad», «la mayoría de la gente no está de acuerdo con lo que dice la Iglesia»..., son frases que se repiten una y otra vez en medios de comunicación o en conversaciones. Su único fundamento verdadero es el relativismo: olvidarse de que hay una verdad y que es más importante buscarla, encontrarla y defenderla que estar a la moda o con la mayoría. Una manera especial de sucumbir a la tentación del relativismo consiste en omitir las verdades del Evangelio más difíciles de aceptar en un determinado momento o hacer cualquier tipo de experimentos con la liturgia para hacerla más atractiva o más asequible para el hombre actual.

Un joven se levanta un día con un sentimiento difuso de frustración, que pone en tela de juicio el tipo de vida que lleva, inclinándole a pensar en la posibilidad de estar equivocado al buscar la felicidad en la permanente diversión, alcohol, sexo, etc. Piensa: «¿Quizá tendría que plantearme el sentido de mi vida?». A renglón seguido, surge la tentación: «¿Qué van a decir los demás si cambias de vida? Se reirán de ti porque vas a desperdiciar tu juventud sin divertirte. Al fin y al cabo, ¿quién te dice que no tienen razón tus amigos? ¿Quién se lo pasa mejor el que va todos los días a clase o a trabajar o el que vive para divertirse? En última instancia se trata de algo opinable: quien se divierta estudiando, pues que estudie. Tan legítimo es lo uno como lo otro. Si ésta es la forma que tengo de ser feliz, como la mayor parte de la gente, ¿por qué voy a renunciar a ella?» El resultado es un fortalecimiento en su postura, apoyándose en un supuesto análisis carente del más mínimo rigor.

d) La tentación de la jerga

Esta tentación se combina perfectamente con las formas anteriores de atacar la verdad. Puesto que pensar supone trabajo, y el camino hasta la verdad es largo y duro, el Tentador moverá al que intente buscar la verdad a sustituir los razonamientos serenos y

medidos por la jerga de moda, por una palabrería deslumbrante pero vacía, que le dé la sensación de estar a la última, de formar parte de la mayoría o de pertenecer al bando de los fuertes, de los que saben, de los que están construyendo el futuro. Con este dominio de la fraseología de moda, el hombre tendrá el convencimiento de moverse en el ámbito de la verdad y no será necesario que piense. Y lo que vale para la jerga política o social, puede perfectamente aplicarse a la palabrería religiosa que es también muy eficaz para darnos sensación de estar a la última sin producir el más mínimo acercamiento a la verdad. Cuando sustituimos la verdad por la jerga, ya se nos ha hecho imposible pensar de verdad y, en consecuencia, ordenar rectamente nuestra vida.

El mundo de la política nos tiene acostumbrados a ese tipo de frases que no dicen nada y que sólo sirven para ocultar la verdad. Hay una serie de tópicos y de palabras -a veces inventadas- que sirven para rellenar las repuestas sin comprometerse a nada, que se aprenden fácilmente y se pueden aplicar en cualquier situación -aunque hay que tomarse la molestia de estar siempre a la moda-. Si uno dice que «el bien común exige una participación solidaria de todos los estamentos sociales para el progreso de una sociedad democrática...», no dice absolutamente nada sobre el problema que se le ha planteado, pero aparece como un político de altura. Pero no pensemos que no hay una jerga eclesial que sirve igualmente para evitar dar una opinión clara y comprometedor. No es extraño que en nuestras reuniones, cuando hay que dar una solución concreta o tomar postura, prefiramos defendernos con la jerga; ya sea la de corte más clásico: «busquemos la voluntad de Dios para que la Iglesia pueda ser sal y luz del mundo...», o de estilo más moderno: «hay que hacer una opción comprometida para liberar a la sociedad de las estructuras de pecado...». Son frases que se pueden soltar en cualquier situación, que no nos comprometen y que nos hacen quedar bien, sin necesidad de pensar ni hacer discernimiento alguno.

En una reunión de una comunidad religiosa se plantea un problema concreto: hay un par de personas que no quieren realizar tareas que no les gustan: hacer la comida, lavar la vajilla... En lugar de buscar las causas y poner soluciones, el Tentador mueve a algunas a poner encima de la mesa una serie de frases suficientemente verdaderas, ambiguas y desconectadas del problema para que no se pueda tomar ninguna determinación: «No podemos juzgar a los demás, porque

todos somos pecadores..., no somos quien para juzgar a estas hermanas», «hay que respetar la libertad de cada uno, no sería bueno que lo hicieran sintiéndose obligadas..., que hagan lo que les parezca», «a cada uno Dios le da dones y carismas distintos..., cada uno debe realizarse haciendo las tareas que encajan con su personalidad». Todas estas ideas aprendidas en libros y reuniones, no son más que palabrería, aunque sea religiosa, que sólo sirve para hacer imposible plantear y solucionar el problema. Lo más fácil es que al final el Tentador haya conseguido que se acabe discutiendo en términos vagos y generales de la libertad, los carismas o de cualquier cosa..., mientras el problema concreto siga creando malestar.

e) La evolución de las ideas como sustitutivo de la verdad

Una forma de encontrar la verdad y actuar conforme a ella es buscarla en los libros o en las personas adecuadas (del presente o del pasado). El Tentador tiene un modo de desactivar esta posibilidad de buscar la verdad induciéndonos a plantearnos las cuestiones y las afirmaciones desde un punto de vista exclusivamente «histórico», fijándonos en quién influyó en tal afirmación, cómo evolucionó esa idea (en determinado autor o en los que le sucedieron), cómo ha sido formulada, entendida o malinterpretada, cómo está el estado actual de la cuestión..., todo menos plantearnos la pregunta acerca de la verdad de esa afirmación y las consecuencias que tiene para nuestra vida; todo menos ir a los pensadores y maestros del pasado o modernos a buscar fuentes de verdadero conocimiento para nuestros problemas.

De este modo el Enemigo consigue que los que están más en contacto con la verdad -los estudiosos- estén de hecho más lejos de reconocerla gracias a que están entretenidos y cegados por el «punto de vista histórico». De hecho, en muchos círculos intelectuales, la búsqueda de la mera verdad o del conocimiento aparece como algo ingenuo y muy poco erudito: «Ya no importa saber qué es verdad, sino la evolución completa de las opiniones en cierto terreno», sería la expresión de esta actitud. Mientras que el que busca la verdad aparece como un ingenuo, el que conoce el desarrollo de la cuestión es considerado un sabio, aunque al final no sepa reconocer en ese detallado proceso histórico dónde está la verdad y cuáles son sus consecuencias. Y podríamos preguntarnos:

¿No aplicamos esta misma forma de erudición a la interpretación de la Escritura y a la misma teología?

Un joven pregunta a un teólogo con la ansiedad del que se juega la vida en la respuesta: «¿Existe Dios?». El teólogo, un gran estudioso, pero que ha sustituido la búsqueda de la verdad por la erudición histórica, va desgranando las diversas imágenes de Dios de las civilizaciones antiguas, las grandes religiones de la humanidad, los pensadores ateos más importantes..., y al final se queda ahí. El joven admira su erudición, pero se va sin respuesta a su pregunta. Todo ese largo discurso no le ha servido para nada, salvo para descubrir que para el erudito teólogo toda su sabiduría no hacía más que ocultarle la pregunta y la respuesta fundamental.

f) La tentación de lo necesario y lo urgente

Si, a pesar de todas estas dificultades que el Tentador ha puesto en el ambiente, aparece en el hombre la necesidad de verdad, la tentación más eficaz va dirigida al ámbito que mejor domina el Enemigo: las necesidades básicas, las urgencias y las pasiones. Si en un momento determinado surge la necesidad concreta de hacer luz en asuntos importantes de conciencia, para evitar que el hombre entre en el terreno de la reflexión seria, el demonio le recordará que se acerca la hora de comer o que le esperan en breve para un asunto urgente. Si la conciencia se revuelve en contra, arguyendo que se trata de un asunto que está por encima de la comida o de la reunión, el Tentador sugerirá que «precisamente porque es algo tan importante» no se puede abordar de cualquier modo, con el estómago vacío o pendiente de un negocio apremiante; lo más «práctico» será resolver lo que está pendiente y luego, con tranquilidad, afrontar los asuntos «filosóficos».

Una vez haya comido bien, nuestro hombre necesitará descansar y para entonces, las mil pequeñeces de la vida ordinaria le habrán distraído lo suficiente como para que no recuerde su propósito de reflexionar o lo considere como una de esas ideas estrambóticas que deben ser desechadas por cualquier hombre «sensato» que pretende vivir con los pies en la tierra.

El éxito de esta forma de tentación estriba en el atractivo que ejerce la vida cotidiana y «real» frente a lo que el Tentador presenta como «teórico». Mientras el hombre tiene algo conocido a la vista,

le resulta muy difícil creer en lo nuevo, en lo espiritual o en lo extraordinario.

D. Luis es un sacerdote piadoso. Cada día hace su buen rato de oración. De vez en cuando, en su oración, siente como una necesidad de mayor entrega, como si Dios quisiese algo... Curiosamente en esos momentos surge siempre la necesidad opuesta de «llevar a la oración» a alguna persona, «pensar» qué hay que hacer con un grupo, o se le ocurre una idea estupenda para la homilía del domingo. El diablo, con lo práctico y lo inmediato, sabe sacarle de la escucha de Dios que le llevaría al cambio eficaz de su vida.

2. Tentaciones contra la realidad

La única forma que tiene el hombre de vivir en plenitud y salvarse exige que ordene su vida adecuadamente con respecto a la realidad; puesto que en el mundo de lo real es donde se juega todo. Para alcanzar la felicidad y que la vida dé fruto es imprescindible encajar nuestra realidad, la realidad que nos rodea y la realidad de Dios. Salirnos de la realidad en cualquiera de estos tres ámbitos supone que se desvirtúa el conjunto de nuestra existencia. Por eso, Dios intenta hacer que el hombre sea consciente de la realidad de cuanto es y vive. Dios quiere que el bien que realizamos o tenemos sea «real», por encima de apariencias, impresiones o sentimientos; y para ello la acción de la gracia se realiza de dentro a fuera: configurando primero las raíces profundas del ser humano según el estilo evangélico para que luego se traduzcan en un comportamiento también evangélico.

El Tentador, por el contrario, quiere llevar al hombre a la alienación que le dificulte vivir la realidad y, consecuentemente, le impida orientar adecuadamente su vida y salvarse. Su táctica consiste en construir de fuera a dentro, jugando con lo más exterior (apariciencia de bondad, circunstancias, conflictos, etc.) hasta llegar a cambiar el corazón humano.

Dios es un ser real que crea las cosas y mueve la historia para que nos encontremos con él. A Dios sólo se le encuentra en la realidad. Todo lo que es auténtico y verdadero -aunque sea negativo- tiene esa capacidad de llevarnos a Dios por atracción o por repulsión. Por eso, el Tentador lucha para sacarnos de la realidad del mundo que nos rodea y de nuestra propia realidad.

Los placeres positivos y reales, aunque nos pueden apartar un momento de Dios, llevan el sello de la obra de Dios: la bondad, la belleza, la felicidad... Y son una puerta abierta al encuentro con Dios. Un sufrimiento real -propio o ajeno- puede hacer que nos rebelemos, pero nos pone fácilmente en relación con Dios. Incluso el pecado real tiene esa capacidad y por eso el demonio nos lo oculta.

En lugar de todo esto, el Enemigo nos proporcionará falsos placeres, inexistentes sufrimientos y problemas, pecados irreales que nos atrapan definitivamente porque no tienen solución y porque no llevan esa huella de Dios que en un momento determinado puede hacernos volver a él. Es estéril ofrecer un sufrimiento imaginario o arrepentirse de un pecado inexistente.

Para apartarnos de Dios, al diablo le interesa poco ofrecernos un bien real como buscar la fama a través de ser el mejor en un determinado deporte o en una ciencia. Esa vanidad nos llevaría a un esfuerzo real, a unas renunciaciones reales, aprenderíamos a discernir qué es lo que más nos conviene para llegar a nuestra meta... Y en un momento determinado todas esas cualidades las podríamos poner al servicio de la meta que Dios nos propone. Si buscamos una meta concreta y no la alcanzamos, podemos plantearnos otra meta que merezca más la pena y nos ayude a encontrar a Dios. Al Tentador le es mucho más práctico llevarnos al orgullo haciéndonos creer que somos lo que no somos (guapos, listos o piadosos). Eso no nos llevará a ningún esfuerzo real y tiene la ventaja de que es muy fácil sustituir esa vanidad irreal por otra tan etérea como la primera.

Pedro y Juan son dos adolescentes, compañeros de colegio. A los dos les gusta mucho el fútbol. Pedro, juega bien, pero es un poco «chulito», y le gusta dársele de «fenómeno» con los amigos del colegio. Como sueña en ser «una gran figura» del fútbol no estudia y se pasa todo el tiempo soñando con lo que hará cuando sea rico y famoso. A Juan le gusta también el fútbol pero se lo toma de otra manera, más en serio: ha entrado en un equipo, en los veranos va a unos campamentos especiales, entrena mucho..., aprende a esforzarse. Ninguno de los dos llegó a ser futbolista. Pero con Pedro el Enemigo utilizó el fútbol como tentación eficaz para sacarle de la realidad; y sin embargo para Juan la misma afición le enseñó a ser responsable y realista en otros campos de la vida.

Al contrario de lo que pueda parecer, el Enemigo quiere eliminar de nosotros cualquier anhelo o gusto personal intenso que, aunque no sea positivo, nos haga conscientes, nos ponga en movimiento y pueda ser aprovechado por Dios.

Nuestros deseos inclinaciones y necesidades más profundos -por confusos o desordenados que sean- llevan impresos el sello de la necesidad radical de Dios que mueve la vida del hombre. Por eso, el Enemigo quiere apartarnos de nosotros mismos, alejarnos de nuestra propia realidad, sacarnos de nuestra situación concreta y de nuestro punto de partida; porque, por deficiente que sea éste, siempre habrá un camino que lo una a Dios.

El Tentador sustituye toda esta realidad por las diferentes modas que nos hacen situarnos en una realidad falsa: los anhelos que mueven nuestra vida nos son impuestos desde fuera para que la búsqueda que desencadenan nos conduzca a la nada, a la insatisfacción y al vacío. Muy lejos de nuestros verdaderos deseos.

Dios también nos quiere «sacar de nosotros mismos», pero de un modo muy distinto. Quiere que salgamos de nuestro egocentrismo para entregarnos a él y descubramos que, cuando Dios es nuestro centro, somos plenamente nosotros mismos. Dios nos saca de nosotros mismos porque nos ama y para hacernos felices; el diablo, por el contrario, para llevarnos a la nada.

Para lograr sacarnos de lo real el Tentador intentará las siguientes estrategias:

a) La tentación de cambiar el concepto de lo que es real

Una de las tentaciones de manipulación de la verdad con las que el Enemigo nos confunde y nos puede manipular consiste en cambiar el concepto de lo que es «real» según le convenga a él. Es como si nos fuera poniendo una serie de gafas que deforman la percepción de la realidad para poder llevarnos donde él quiere o para que reaccionemos de un modo determinado.

Cuando le interesa, nos empuja a ver que lo real son sólo los hechos físicos, lo palpable: el hambre, el sufrimiento, el dolor..., haciéndonos creer que la aceptación, el amor o la entrega añadida a estos «hechos» son irreales, son meros sentimientos que no sirven para nada. En otras ocasiones, cuando algo o alguien nos

molesta, lo real no es lo que esa persona ha dicho o hecho realmente, sino el sentimiento de desagrado o de odio que sentimos en nosotros.

Cuando se trata de experiencias espirituales que deben sostenernos, esta manipulación del concepto de lo real nos llevará a pensar que todo lo que sucedió es que en ese momento estaba descansado o bajo la influencia de cierto clima de entusiasmo. Si se trata de tentaciones, lo real es lo que yo siento interiormente (miedo, desánimo, desesperanza) y no las circunstancias concretas exteriores que me llevarían a darme cuenta de que ni estoy en verdadero peligro, ni la situación es tan grave -o incluso es buena-.

La señora Pepa, tiene mal humor y se enfada con facilidad. El demonio ha aplicado con éxito la tentación de cambiarle el concepto de lo real; aunque ella jamás ha hecho filosofías sobre estas cosas. Cuando algo le molesta «lo real» no es lo que ha sucedido -lo que la vecina le ha dicho, lo que su nuera ha hecho-, sino como lo ha sentido ella interiormente: «Me he sentido humillada, despreciada o traicionada». Su reacción brusca se basa en esos sentimientos -lo único que a ella le parece evidente-y no tiene en cuenta la verdadera realidad, ni la intención de los otros. A esta misma mujer que se fija tanto en sus sentimientos interiores para justificar sus enfados, cuando va a misa u oye una charla en su parroquia, el Enemigo consigue ponerle fácilmente en cuarentena los efectos de la gracia haciéndole pensar que esos son sólo sentimientos y palabras y que lo único real es la vida concreta: lo material, lo exterior.

En este juego del demonio, con el que nos va cambiando lo que creemos que es real, la alegría se convierte en algo meramente subjetivo y la muerte sólo se presenta como un hecho externo. El encanto de una persona nos parece que es meramente una impresión subjetiva, pero lo que le hace odiosa a nosotros se nos presenta como plenamente objetivo.

Todo esto gravita sobre una importante ley espiritual: lo fundamental en la vida cristiana es lo real y no los sentimientos que esa realidad genera en nuestro interior o nuestros estados de ánimo con respecto a Dios. Y la tentación procurará convencernos de que lo único «real» son los sentimientos, hasta hacernos olvidar lo verdaderamente real. Especialmente frente a las dificultades, este tipo de tentación nos hará pasar de la consideración de un hecho que hemos de superar al sentimiento de miedo que nos provoca; de

manera que de tanto preocuparnos por el miedo, olvidemos afrontar la causa del mismo.

Como regla general podemos afirmar que el Tentador, en todo lo que le favorezca, intentará hacernos inconscientes de nosotros mismos y muy conscientes del objeto; y en todo lo que favorezca a Dios, nos estimulará a centrarnos en nosotros mismos. Así, ante un insulto o una humillación nos centrará tanto en el hecho concreto (considerando pormenorizadamente el hecho del insulto o de la humillación, la injusticia que supone, etc.) hasta que no nos demos cuenta de que estamos entrando en un estado de ira o de soberbia. Por el contrario, en la medida en que deseamos acercarnos a Dios, nos hará muy conscientes de nuestros sentimientos piadosos: «Noto un fuerte sentimiento de caridad, de generosidad», olvidando la realidad concreta de Dios o del prójimo más cercano.

Como en el hombre siempre hay sentimientos buenos y malos, siempre hay materia para este tipo de tentaciones. El arte del Tentador consiste en dirigir los sentimientos buenos hacia las personas más distantes o a un círculo de gente desconocida y, por el contrario, los sentimientos malos hacia la gente más cercana. Así la malicia se hace totalmente real y la bondad en gran parte imaginaria. Así, mientras nos enternece pensando en los niños que no tienen para comer, nos parece lógico llenarnos de rabia ante el molesto llanto del bebé de los vecinos.

b) Tentación del futuro

Sólo el hoy de cada hombre engancha con la eternidad a la que está destinado. Sólo en el presente podemos elegir lo más conveniente para dirigirnos a Dios. Avanzamos en la medida en que obedecemos en el presente a una inspiración de Dios, aprovechamos la gracia, aceptamos la cruz o damos gracias por el regalo que Dios nos hace. Sólo el presente es real y a Dios sólo se llega por la realidad.

Para su tarea de alejarnos de Dios, al Tentador no le es muy útil el pasado porque, aunque ya no exista, en su momento fue real y, además, ya no puede ser cambiado. Por eso, si quiere sacarnos de la realidad -único lugar del encuentro con Dios-, el demonio utiliza a fondo el futuro. Él tiene que sacar como sea nuestro corazón del presente y proyectarlo al futuro.

El Enemigo puede hacer que el futuro -desconocido para nosotros- se revista de temores o esperanzas irreales que nos hagan olvidarnos de nuestra responsabilidad actual o nos hagan olvidarnos de Dios. Si consigue que apostemos nuestra vida en función de una quimera o paralicemos nuestra entrega por un temor irreal, el Tentador habrá encontrado la forma ideal de paralizar nuestra vida y de empujarnos hacia el vacío gracias a una mentira que -por futura- no es fácil de desmontar. Por eso, la mayoría de las tentaciones se cimientan en algo que queremos conseguir o evitar en el futuro.

Una chica joven descubre en la oración una posible llamada del Señor a la vida religiosa. Ciertamente que le queda mucho por descubrir y madurar hasta poder dar ese paso. El Enemigo intentará frustrar esa vocación haciéndola pensar en el futuro y apartando su vista del presente. Le invitará a pensar más en lo que sufrirá cuando deje a sus padres y le ocultará la importancia de vivir ahora con confianza y generosidad su relación familiar. Le hará pensar en todas las dificultades terribles que podrá tener si está en misiones o en un país en que haya persecución a los cristianos o si le mandan trabajos que no son de su agrado. Y mientras tanto se olvidará de ir afrontando las dificultades que tiene en el estudio o de dar testimonio de su fe ante sus amigas. Nada puede hacer con esos problemas futuros, pero mientras se preocupa de ellos está olvidando la tarea presente, que es la única que le podía llevar a responder adecuadamente a su vocación.

El Enemigo tiene un medio sutil de hacernos creer que vivimos el presente: inducirnos a despreocuparnos del futuro con la vana seguridad de que todo saldrá bien y que ahora no tenemos que preocuparnos de nada. Por el contrario, Dios quiere que pensemos en el futuro, pero sólo para prever hoy lo que debemos realizar mañana. Mientras tanto quiere que estemos atentos al acto de amor, entrega o confianza que podemos realizar ahora, poniendo el futuro en manos de Dios, con los ojos puestos en algo más real y concreto que el futuro: la eternidad.

Un estudiante, bajo el pretexto de la confianza en sí mismo o de la serenidad, no hace lo que tiene que hacer. No vive en el presente, sino en la irresponsabilidad. Un joven novicio para defenderse del trabajo de discernir sus defectos, sentimientos, capacidades y llamadas, afirma que confía en Dios, que él no quiere forzar la

providencia, que renuncia a las seguridades y se pone en manos de Dios. El Enemigo le induce a justificar su falta de discernimiento en el presente afirmando que eso sería falta de confianza y «salirse del presente».

c) La tentación contra la realidad en las relaciones con los demás

Las relaciones humanas están tejidas de cosas sencillas y ordinarias. Para evitar que el hombre se relacione armoniosamente con su prójimo, el Enemigo emplea una especie de «relativismo práctico» con el que intenta conseguir que demos un valor distinto a esas realidades pequeñas según sus intereses.

De esta forma, cualquier palabra o cualquier gesto (que en sí mismos son normales o indiferentes) se convierten en causa de conflicto porque se les supone una «intención» determinada. Y así intentará que el propio individuo entienda un determinado gesto benévolamente cuando lo realiza él y lo interprete negativamente cuando proviene de los demás. Podrá, incluso, sentirse una pobre víctima de una tensión que en realidad está causada por él: «Lo único que he hecho es preguntarle a qué hora estará lista la cena, y se pone hecha una fiera...» Por supuesto, sus altas miras espirituales le impiden considerar que él también tiene intenciones y que es posible que pueda molestar a los demás. Pero piensa que en alguien tan «religioso» como él, esto no puede entrar en consideración.

Dos hermanas se llevan como el perro y el gato. La verdad es que no hay motivo serio de conflictos. Pero no hay forma de arreglarlo; el Enemigo les impide ponerse de acuerdo porque cada una interpreta la realidad según le conviene. «Si cojo la falda de mi hermana es normal, somos hermanas, tenemos confianza» dice una de ellas cuando su hermana se molesta porque no encuentra sus cosas; pero cuando le cogen las suyas dice que su hermana es egoísta, que no cuenta con los demás. La otra piensa que cuando echa en cara los errores de su hermana es una forma de corregirla y estimularla; pero cuando se lo hacen a ella lo interpreta como un ataque porque le tiene manía o envidia. Si alguna amiga suya le hace una broma, la acepta porque es graciosa, pero a su hermana se las interpreta como una agresión imperdonable.

d) La tentación del espiritualismo como huida de la realidad

Al hombre que intenta abrirse paso hacia la vida interior el Tentador le prepara una tentación a su medida: pensar que la conversión y la fe son realidades meramente interiores, que además están en función de determinados estados de ánimo o sentimientos religiosos. El demonio no intentará separar a hombre de la reflexión o de la oración, pero hará lo posible para que pase todo el tiempo posible dedicado a la «vida interior» sin descubrir ninguno de esos rasgos de su personalidad real que son evidentes para cualquiera de los que conviven a su alrededor y que, si los descubriera, le obligarían a cambiar o a luchar contra ellos. El Enemigo le invitará a pensar en cosas tan «elevadas» que se olvide de sus obligaciones más elementales, hasta que le causen horror por ser demasiado «mundanas» y descuide lo cotidiano precisamente en función de sus miras «tan elevadas y espirituales».

Una mujer piadosa, después de años de oración y con cierta facilidad en ella, siente que Dios le ama y que le llama a amar a los demás. Como respuesta a esta gracia, ella le dice a menudo a Dios que quiere amarle a él y a los demás. El Enemigo no podrá negar esa gracia, pero sí impedir que dé fruto. Y la empuja al convencimiento de que ya ama porque lo ha sentido en la oración y que tiene que estar muy contenta de su progreso «espiritual». Esos pensamientos tan «elevados» y «espirituales» le impiden darse cuenta de que su compañera de trabajo está triste («me distraería de la oración»), ni de que está cada vez más distante, o que mira a los demás por encima del hombro («ellos no tienen tanta caridad como yo»). El Enemigo seguirá alimentando esa oración que la encierra en sí misma, que le impide ver la realidad en la que tiene que realizar el amor que Dios le da y le pide, y que en el fondo no cambia su vida.

Al que tiene aspiraciones espirituales, el Tentador no le propone que abandone la oración; simplemente le ayudará para que esa oración sea ineficaz y contraproducente; y, si es posible, sea un medio para sacarle de la realidad: imaginarse un Dios distinto al real, una personalidad que no es la suya o unas circunstancias inexistentes. De este modo se da una tentación dentro de la oración, o si se quiere decir de otra forma, la oración -un modo de oración- se convierte en tentación. Y esta tentación es más eficaz

cuanto menos nos esperamos que algo tan de Dios como la oración pueda ser cauce de tentación.

Una de las formas en las que la oración se convierte en cauce de tentación es aquella en la que el Enemigo empuja a la persona «espiritual» para que haga que su oración sea siempre «muy espiritual» en lo que se refiere a las necesidades de los demás, haciéndole consciente de sus necesidades espirituales (más difíciles de conocer y más susceptibles de proyección) por encima de sus necesidades materiales (que proporcionarían un ámbito más objetivo y urgente para la caridad). Por el contrario, el Tentador intentará hacerle muy consciente de sus propias necesidades materiales (muy concretas y reales) por encima de las espirituales. Así, considerará detenidamente la necesidad que tiene de tranquilidad -y que la persona con la que vive le impide tener dado su insufrible carácter- y dedicará la oración a restregar vanamente sus heridas. Y si, además, el Tentador consigue que el hombre aplique la imaginación, conseguirá que pasen por su mente los mil supuestos motivos turbios que tienen los demás para amargarle la vida..., evidentemente sin dejarle nunca pensar que él también puede tener malas motivaciones o puede ser desagradable para los demás.

3. Tentaciones contra la Iglesia

El demonio, cuando se encuentra con un cristiano que se propone vivir su fe de verdad, tiene que intentar desviarlo de su intento lo antes posible; para lo cual, intentará desvirtuar su percepción del instrumento que el hombre necesita para su conversión: la Iglesia.

a) Tentación contra la mirada a la Iglesia

Para conseguir apartar al hombre de la Iglesia como medio eficaz de acercamiento a Dios, el Enemigo opondrá la grandeza de la Eucaristía a la vulgaridad del sacerdote que celebra o al tic nervioso que tiene; intentará disipar la gracia de la comunión desviando la atención al vecino del banco, que tiene cara de aburrido o desentona al cantar; intentará contrarrestar la percepción de la «comunión de los santos» llamando la atención acerca de ciertos

comentarios ridículos que ha hecho tal sacerdote u obispo o hacia el último escándalo eclesiástico puesto de moda por los medios de comunicación.

El Tentador buscará que la atención a todas estas realidades banales impida al cristiano pensar en lo fundamental, de modo que llegue al convencimiento de que la Iglesia no es otra cosa que unos cuantos edificios antiguos, con un grupo de viejas musitando oraciones distraídamente y unos pocos clérigos corruptos que intentan embaucar a la gente más ingenua. Mientras haya un sacerdote que se equivoque, una anciana «beata» o una señora que desafine, podrá pensar que esto es la Iglesia «real», se olvidará de buscar más hondo, y llegará al convencimiento de que una Iglesia así no merece la pena ni puede ser verdadera.

Un joven descubre en su grupo de formación la importancia de participar en la eucaristía, de unirse cada día al Señor en la comunión, de tomar en ella fuerzas para vivir la caridad y el apostolado. El demonio tiene que contraatacar y no lo hará directamente, intentando negar lo que ha descubierto. Es más le impulsará a ir a misa, pero le hará ver lo molesto de ese tic al hablar del sacerdote, le mostrará lo ridículo de su forma de hablar, de moverse o su lentitud..., y lo que era un encuentro importante con Dios, una gracia necesaria, terminará siendo una ocasión de impaciencia, de falta de caridad, y de crítica (no es difícil encontrar a otro feligrés que se da cuenta de los defectos de este sacerdote). De este modo tan simple, el Enemigo cambiando la mirada, no impide que este joven vaya a misa, pero sí que esté realmente en misa.

El diablo empleará todos estos medios, tan ridículos como sutiles, con tal de evitar que piense que la Iglesia es algo más que el tono desagradable del sacerdote que le confiesa. Todo, con tal de evitar un razonamiento objetivo que venga a sugerirle: «Si yo, siendo como soy, puedo considerarme cristiano, ¿por qué los defectos de las personas que tengo a mi lado en misa tendrían que probar que la fe es una alienación o pura hipocresía?»

b) La tentación de la división

Uno de los objetivos del Tentador consiste en diluir las fuerzas del hombre creando divisiones en todo grupo que pretenda algún noble objetivo. Nuestra época, tan inclinada a dividirse en facciones, presenta una gran facilidad para este tipo de tentación; de modo

que le basta al Enemigo tocar esta fibra para lograr su objetivo. Cualquier pequeña capillita, unida por algún interés que otros hombres ignoran o detestan, tiende a desarrollar en su interior una encendida admiración mutua, y una gran cantidad de orgullo y de odio hacia el mundo exterior, que se fomenta y se mantiene sin ningún tipo de vergüenza, en el convencimiento de que se sirve a la «Causa» por el excelencia, la cual se piensa que es impersonal.

Esto vale especialmente para el grupo que pretende estar al servicio de los planes de Dios. El Enemigo debe intentar neutralizar todo el efecto beneficioso que la Iglesia produce en nosotros. Una de sus formas favoritas es romper la unidad dentro de la Iglesia. Tanto la Iglesia como cualquier comunidad dentro de ella están permanentemente sometidas a la tentación de la división, porque el Tentador quiere que la Iglesia sea pequeña no sólo para que haya menos hombres que puedan conocer a Dios, sino también para que quienes lo conozcan adquieran la incómoda intensidad y el afán defensivo de una secta secreta. Y, aunque es muy difícil romper la unidad de la Iglesia, es bastante más fácil crear facciones dentro de las diferentes comunidades que la componen.

El mecanismo que sustenta esta tentación se inicia sugiriendo al hombre que considere aquel aspecto de la vida o de la fe al que es más sensible o que pretende defender como una parte de su fe. Luego, poco a poco, le va llevando a considerarlo como la parte más importante. Luego, suave y gradualmente le guía hasta la fase en que la misma fe se convierte en un simple componente de la «Causa» -ese valor absolutizado y desgajado- y entonces el cristianismo se valora primordialmente en función del respaldo que puede ofrecer al pacifismo, belicismo, ecologismo, socialismo...

Una vez que el Enemigo ha conseguido hacer del mundo un fin, y de la fe un medio, el hombre está prácticamente vencido, e importa muy poco que clase de fin mundano persiga. En la medida en que los movimientos, reuniones, panfletos, mítines, políticas, causas y cruzadas le importen más que la caridad, la fe, la oración o la relación con Dios, más sometido al poder del Enemigo estará el hombre. Y cuanto más «religioso» (en ese sentido) sea, más suyo será.

No hay que olvidar que al Enemigo no le interesa suscitar polémicas profundas de las que pueda surgir un mayor conocimiento de la verdad. Le es más útil la división que se basa en simples términos, costumbres o modos de hacer las cosas. Si con eso obtiene el odio y la intolerancia entre los cristianos, ya ha conseguido su finalidad.

Unos cuantos jóvenes entran en el Seminario. Todos ellos tienen un ideal común, el entusiasmo de los comienzos, la fuerza propia de la juventud. Si son capaces de poner en común sus valores y sus esfuerzos y motivarse mutuamente al bien, ese grupo de formación puede tener una fuerza imparable para el presente y para el futuro. El Enemigo lo sabe e intentará por todos los medios romper la unidad por todos los modos posibles. Le será muy útil subrayar las diferencias de origen de todo tipo: los que vengan de familias más o menos humildes, los que tengan mayor o menor formación intelectual, la edad..., y empezar a fomentar clichés y grupitos basados en esas diferencias. En seguida podrá subrayar diferencias entre los que tienen una mayor sensibilidad para el estudio, los que rezan más y los que tienen un mayor interés apostólico. Conseguirá con cierta facilidad dos objetivos: la división, la lucha, la incapacidad de complementarse; y que cada grupo fomente lo que le resulta más fácil y no lo que más necesita: los «estudiosos» rechazarán la oración y la pastoral, los «piadosos» el estudio y la actividad..., y así sucesivamente. Desgraciadamente, al final de este proceso, comprobaremos que lo que era un ideal común y un grupo humano con amplios horizontes se ha convertido en una dificultad y en un ambiente del que todos desean salir.

Se trata de una viejísima tentación que aparece en los primeros escritos del Nuevo Testamento:

Yo, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar. Ni aun lo soportáis al presente; pues todavía sois carnales. Porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia, ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano? Cuando dice uno «Yo soy de Pablo», y otro «Yo soy de Apolo», ¿no procedéis al modo humano? ¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído!, y cada uno según el don del Señor. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien hizo crecer. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer (1Cor 3,1-6).

Os exhorto, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que seáis unánimes en el hablar, y no haya entre vosotros divisiones; antes bien, estéis unidos en una misma mentalidad y un mismo juicio. Porque, hermanos míos, estoy informado de vosotros, por los de Cloe, que existen discordias entre vosotros. Me refiero a que cada uno de vosotros dice: «Yo soy de Pablo», «Yo de Apolo», «Yo de Cefas», «Yo de Cristo». ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo? (1Cor 1,10-13).

Toda la historia de la Iglesia está llena de ejemplos de esta tentación de división.

c) La tentación de la variedad a toda costa

Una forma de neutralizar la acción de la Iglesia, muy útil con algunas personas, es infundir en ellas la tentación de la búsqueda de la «variedad». Esta tentación no tiene nada que ver con el deseo de buscar en los diferentes grupos cristianos la autenticidad o la verdad -que Dios desea- para incorporarnos al que más nos ayude. Se trata, por el contrario, de hacernos buscar lo que más nos va y no lo que más nos ayuda realmente; no lo más verdadero, sino lo que más nos gusta. Con ello se pervierte de raíz la actitud del creyente que se convierte en un curioso, en un crítico. Aprendemos así a colocarnos por encima o fuera de la Iglesia; sin criterios verdaderos para juzgar, ni la docilidad suficiente para dejarnos enseñar o guiar.

El logro más conseguido del Tentador en este sentido es ese cristiano que ya lo ha probado todo, lo conoce todo y se siente justificado para hacer lo que quiera.

Podemos presentar dos tipos distintos de esta búsqueda de la variedad: el intelectual y el que busca experiencias.

Juan es un hombre ya maduro: de joven pasó un par de años en un seminario, pero se salió enseguida. No ha dejado de tener inquietud por la teología. Lo que en un principio podía ser un buen deseo de ser un cristiano bien formado, el Enemigo lo convierte en afán de variedad, de estar a la última, con un punto de orgullo de creerse más informado que muchos curas: primero leyó a los teólogos del Concilio, luego le entusiasma la radicalidad de aquellos teólogos que anunciaban la muerte de Dios, más tarde se entregó a los postulados de la teología de la liberación, ahora le entusiasma un autor

americano que dice que Jesús es un simple judío más o menos marginado... Nada de esto influye decisivamente en su vida, ni se da cuenta de las contradicciones entre todas esas teologías. Pero Juan se conforma con poder presumir de que ha leído «el último» libro de teología que ha salido al candelero, aunque sea por la vía del escándalo. Nunca tendrá una opinión sólida, un criterio..., y nadie podrá achacarle falta de interés ni de conocimientos.

Luisa es una mujer soltera que ya va acumulando años. En un principio vio en la Iglesia la posibilidad de dar sentido a su vida, de hacer algo por los demás. El Enemigo tenía que intentar desviar ese camino y le iba planteando como compromiso lo que sólo era un afán de novedad y de nuevas experiencias. Grupos de oración, movimientos apostólicos, comunidades de todo tipo..., una tras otra experiencia iba primero entusiasmado y luego aburriendo a Luisa. Prueba todo, conoce todo..., pero no profundiza en nada, no le da tiempo a dar fruto.

d) La tentación del cristianismo «asequible»

Una forma especialmente eficaz de anular la acción de la Iglesia es aguar el Evangelio y la fe de tal forma que ya no tengan fuerza ni eficacia. Pasa como con las vacunas: determinados virus o bacterias adormecidas y en pequeñas dosis no sólo carecen de fuerza dañina sino que inmunizan contra la misma actividad de otros microbios más activos o más numerosos. La fe aguada actúa como una vacuna para la verdadera fe, es más un obstáculo que un puente y el Enemigo lo sabe bien y lo emplea a fondo.

Para conseguir este cristianismo lánguido, el diablo puede empezar suscitando el deseo, aparentemente apostólico, de facilitar al máximo las cosas para que la fe llegue al mayor número de gente posible. En seguida nos empuja a poner el «éxito apostólico», es decir, el número o el aplauso por encima de la verdad o de las exigencias de la fe. Esta forma de aguar el cristianismo termina ocultando verdades fundamentales y repitiendo tópicos que no pueden mover a nadie. Entonces, llevados por el pánico de perder aún más clientela, seguimos recortando la fe, y no nos damos cuenta de que es esa fe aguada lo que aleja y escandaliza a muchos.

Un grupo de catequistas de confirmación está preocupado porque la mayoría de los chicos que se confirman desaparecen de la parroquia y

no vuelven ni a misa los domingos. Un planteamiento serio del problema llevaría a analizar las deficiencias de la formación, la falta de testimonio en los catequistas, la falta de una conversión personal en los chicos, cómo facilitar una experiencia de Dios... El Enemigo sabe desviar fácilmente la atención: siempre habrá alguien que proponga una presentación «más atractiva», «más actual» del Evangelio o de la Iglesia: no insistir tanto en cuestiones morales que les cuesta aceptar, no subrayarles tanto el compromiso, o la asistencia a misa; en lugar de tanta oración o formación ofrecer un ambiente de diversión, salidas, fiestas... Lo peor es que además este cristianismo más atractivo ni atrae a nadie, ni lleva a Cristo.

e) La tentación del cristianismo provocador

Puede parecer una tentación contradictoria con la anterior. Pero no olvidemos que el demonio no tiene ningún interés en ser coherente consigo mismo, y no le importa atacarnos con dos extremos contrarios, con tal de sacarnos del camino de Dios. El Tentador provoca -y a veces no tiene más que aprovechar- un modo de plantear la fe que tiene como primer objetivo desconcertar y provocar. Es una especie de «cristianismo en contra» que tiene mucho éxito fuera de la Iglesia oficial y en las librerías de ocasión. Se trata de romperle sus antiguas creencias al oyente o al lector y crearle dudas e interrogantes que, por supuesto, nunca se resuelven. Con tal de descolocar al oyente, el escritor o el conferenciante provocador, no dudan en cambiar de opinión si es preciso. Se emplea también la falsedad de presentar como verdad firme o recientemente comprobada lo que no pasa de ser una opinión personal y muchas veces pasajera. El efecto es claro: la impresión de que no hay una doctrina firme, de que ni siquiera los cristianos se ponen de acuerdo entre sí..., y entonces se hace evidente que es inútil embarcarse en algo tan confuso e inestable.

Un sacerdote «celoso» se desespera porque la gente no presta atención en las homilías, parecen no enterarse de nada, no reaccionan, están como dormidos en misa... Decide comenzar una predicación y una liturgia «más agresiva». Cuando llega el credo, les dice que no lo recen porque no tienen fe; en el padrenuestro lo mismo: que no lo recen porque no perdonan o porque no se fían de Dios Padre; las homilías toman este tono provocador: «No sé para qué os sirve la misa...», «tendríamos mucho que aprender de los ateos...». Desde luego la gente no se duerme en las misas, las homilías se

comentan en el barrio... pero los frutos son más escándalo y desconcierto que conversión o compromiso.

4. Tentaciones contra la oración

La oración es un camino de verdad y amor que nos conduce hacia Dios, nos transforma y nos hace caminar en verdad y humildad. Por eso, la intención fundamental del Tentador es hacer lo posible para alejar al hombre de la intención de orar en serio.

Cuando el hombre inicia el camino de la conversión y necesita más apoyos en la oración, la mejor manera de lograr impedirle la oración es incitarle a recordar -o a creer que recuerda- lo mucho que se parecen las oraciones vocales que rezaba de niño a las charlas de los loros. Por reacción contra esto se le puede convencer de que aspire a algo enteramente «espontáneo, interior, informal y no codificado»; y esto supondrá, de hecho, para un principiante, un gran esfuerzo destinado a suscitar en sí mismo un estado de ánimo vagamente devoto, en el que no podrá producirse una verdadera concentración de la voluntad y de la inteligencia. Con una oración supuestamente más espontánea se impide un camino de oración más fácil y fructífero.

Fácilmente se convencerá de que mucho mejor que rezar de rodillas y con los labios es ponerse «en situación de amar» y entregarse a una «actitud de receptividad», descuidando la posición del cuerpo, que tanta importancia tiene en el hombre (que es un ser corporal). Esta forma de orar se parece superficialmente a la verdadera oración de los muy adelantados y permite engañar durante bastante tiempo a los hombres listos y perezosos.

El Tentador busca todos los medios para evitar que el hombre esté pendiente de Dios durante la oración; para lo cual procura que ésta sea el medio para que el cristiano se centre en sí mismo. La tentación va dirigida a hacer que el hombre contemple su propia mente y trate de suscitar en ella, por medio de su propia voluntad, sentimientos o sensaciones. Así, cuando medita sobre la caridad, en vez de contemplar el amor de Dios y pedirlo para su vida, empieza a suscitar sentimientos caritativos hacia sí mismo. Y si medita sobre la generosidad, se perderá por el camino del intento de sentirse generoso. De este modo va aprendiendo a medir el

valor de la oración por su eficacia para provocar los sentimientos deseados; sin sospechar con qué frecuencia este tipo de sentimientos dependen de factores que poco o nada tienen que ver con la misma oración.

Normalmente, Dios sale al paso de esta tentación atrayendo al cristiano hacia una percepción más verdadera de las realidades sobrenaturales, elevándolo por encima de lo sensible hacia una oración más auténtica y, por lo tanto, desnuda. A esta acción de Dios corresponde normalmente una acentuación de la tentación en la línea de hacer buscar al hombre algo «más real» que Dios o sus bienes, como son los sentimientos, los estados de ánimo, cualquier objetivo o preocupación que pueda acaparar la atención del hombre, o incluso cualquier objeto real que pueda distraerle. El éxito de esta tentación radica en el hecho de que la desnudez del alma que requiere la verdadera oración es algo que el hombre desea mucho menos de lo que supone o manifiesta, porque, en el fondo, sospecha que le puede acarrear más «exigencias» de las que en principio está dispuesto a adoptar.

Alfredo, el Sr. Gómez en su empresa, es un ejecutivo acostumbrado a viajar y a hacer negocios importantes. La comunión de su hija le ha hecho descubrir de nuevo la fe y la posibilidad de vivirla de una forma viva. Lo primero que le han dicho es que necesita empezar a rezar cada día. La verdad es que no tiene mucha práctica, que nunca rezó, que tiene que empezar desde el principio. No es que le cueste mucho o que no le saque provecho..., pero el Enemigo le hace verse a como el alto ejecutivo que hace la misma oración infantil de su hija. Enseguida surge el sentimiento de la vergüenza, de la inutilidad, del ridículo. Y abandonada la oración, al Enemigo no le cuesta mucho agostar esta incipiente vida cristiana.

Sor Lucía lleva ya muchos años de vida religiosa, desde el noviciado no ha dejado de hacer su tiempo de oración. En algunas temporadas, en algunos ejercicios espirituales, ha sentido una cercanía especial del Señor, una oración más intensa..., pero más exigente: cuando se acerca al Señor se da cuenta de que tiene que vivir de otro modo. El Enemigo sabe que se trata de un momento importante, de un posible cambio cualitativo. Y como sería contraproducente tentarla para que deje del todo la oración, le presenta «otro modo de orar», que no sea tan complicado, que no le meta en tantos líos. Le empuja a que rece «como rezan todas». Y va dejando esa oración más cálida y exigente por otra mucho más cómoda, aunque más fría e ineficaz: sor Lucía

siempre va a la capilla con un libro y la lectura le permite «entretenerse» («no distraerse», dice ella) durante el rato de oración.

Puri, una religiosa joven, se ha concienciado últimamente de que la oración es importante en la vida religiosa. Ha hecho algunos talleres de oración... El Tentador, ante ese «peligro» para él, sólo ha tenido que ofrecerle el señuelo de las sensaciones para desviarla de la auténtica oración. Nada de libros, nada de meditar ni de examen de conciencia...; ha descubierto una serie de «técnicas» de oración (realmente de relajación) que le hacen sentirse a gusto consigo misma, que le dan «la paz» (simplemente la relajan) y en las que consigue un estado «contemplativo» (más bien un vacío interior). Puri ya no deja «su oración» por nada. Ella cree que se ha vuelto muy espiritual, y sin embargo el Enemigo ha conseguido apartarla de la oración verdadera.

5. Tentaciones contra la humildad

Una de las cosas más valiosas para caminar derechos hacia Dios es la resolución de afrontar las dificultades una por una, confiando que Dios nos dé en cada momento la ayuda necesaria. Esto tiene mucho que ver con la humildad, que excluye tanto perseguir metas muy lejanas como exigir a Dios que nos ofrezca todas las garantías o desear tener nosotros todas las seguridades. La lucha humilde nos lleva muy lejos en la unión con Dios. Y como reacción inmediata, el Tentador tiene que batallar con todas sus fuerzas contra la humildad.

Un ataque frontal consiste en convertir la humildad en orgullo, haciéndonos estar orgullosos de nuestra humildad. El Enemigo nos hace exageradamente conscientes de nuestra humildad para que pensemos «ya soy humilde..., ya he conseguido la humildad» y nos atrape un orgullo más sutil. Quizá no lo consiga del todo, porque se trata de un pensamiento claramente absurdo, pero intentará distraernos con él todo el tiempo posible. Lo mejor es desechar esa idea estúpida con una sonrisa.

Para provocar el orgullo espiritual el Tentador toma pie de una especie de orgullo básico e inconsciente que se encuentra con frecuencia en nosotros. Nos hace suponer que las cosas bien hechas son como las hago yo o como se hacen en mi ambiente. Nos empuja a considerar que son estúpidos o ridículos los que

desconocen la verdad que yo poseo. Ese orgullo nos lleva a despreciar o a minusvalorar a los que están fuera de nuestro propio círculo.

Con esa materia prima, el diablo sólo fabricaría una especie de vanidad social que, si es inconsciente, no le es muy útil para sus fines. Pero cuando consigue que «mi grupo» sea identificado con «los cristianos» y «la verdad que creo» con «la fe», entonces provoca en nosotros el orgullo espiritual: servirse de lo más sagrado -la fe, la gracia...- para que nos sintamos superiores a los demás y los despreciemos después.

Carmen es una joven que ha estado muy comprometida en su parroquia: grupo juvenil, catequesis, liturgia, grupo de oración... Su parroquia, como es natural, tenía su forma peculiar de hacer las cosas: cantos, reuniones... Cuando se casa, Carmen cambia de barrio y de parroquia. El Enemigo va a aprovechar la nueva circunstancia para desvincularla a la Iglesia por medio de un ataque a la humildad haciéndole pensar: «pues en “mi parroquia” los cantos se hacían mejor, pues “nosotros” hacíamos las reuniones de otra manera, pues en “nuestra catequesis” hacíamos...» De ahí a identificar lo que se hacía en su antigua parroquia con lo que debe hacerse y despreciar -en nombre de la fe- lo que tiene delante sólo hay un paso. Carmen no piensa que ésa es su nueva parroquia, ni lo que puede aportar, ni lo que Dios le pide en esa circunstancia..., el Enemigo la ha empujado a sentirse superior, a despreciar a los demás, a hacer un juicio negativo basado en detalles sin importancia, para al final dejar su participación activa en la Iglesia.

Otra forma que utiliza el Tentador para sacarnos de la humildad es ocultarnos su verdadero sentido: el olvido de uno mismo para entregarnos a Dios y a los demás. Si el demonio consigue que la humildad nos centre en nosotros mismos, la habrá vuelto estéril. Para ello nos muestra una falsa humildad o, lo que es lo mismo, una humildad basada en la falsedad: negar lo que somos o tenemos, intentar ocultar y ocultarnos de lo que somos capaces. Esta humildad, además de falsa, nos introduce en una tarea imposible -negar la evidencia- y nos centra en nosotros mismos.

Un método más amargo para nosotros -y por lo tanto más apetecible para el Enemigo- consiste en hacernos confundir la humildad con el autodesprecio, para llevarnos fácilmente al desprecio de los demás. En lugar de aceptarnos como somos de

forma realista y pacífica, creemos erróneamente que la humildad consiste en despreciarnos interiormente con amargura por nuestros defectos y errores. Y automáticamente proyectamos esta actitud en los demás.

Jorge es un chico con muchos valores y capacidades. Es verdad que a veces puede ser un poco presumido y orgulloso; pero él lo sabe e intenta poner remedio. El Enemigo sabe que es más fácil engañar a Jorge con una falsa humildad que con un orgullo, contra el que está prevenido. Por eso le insinúa que no se ofrezca para echar una mano porque «eso es orgullo»; que no se crea que tiene más capacidad de los demás; que haga un esfuerzo por «sentirse» inútil, incapaz... Todo este esfuerzo le resulta muy difícil a Jorge porque tiene que negar lo que es. Confunde la verdadera lucha por poner sus capacidades al servicio de los demás y reconocerlas como dones de Dios, con el esfuerzo de sentir lo que no es verdad. Jorge no se da cuenta, pero poco a poco se encierra en sí mismo, se vuelve raro, no se puede contar con él... No ha conseguido reconocer y dar con humildad lo que tiene, sino enterrar los talentos que Dios le ha dado.

La humildad que Dios quiere de nosotros es muy diferente. Dios prefiere que nos olvidemos pronto de lo bueno que tenemos o hemos hecho, y que no dediquemos tiempo y esfuerzo a considerarnos malos. Lo que él desea es que nos alegremos de lo bueno, tanto si lo hacemos nosotros como si lo hacen los demás; que seamos capaces de reconocer las maravillas de Dios en nosotros y en los demás, para llegar a amarnos mucho a nosotros mismos y a los demás.

Dios quiere que caigamos en la cuenta de que no importa saber exactamente cuántos talentos tenemos, sino que trabajemos para que den fruto y dejemos a Dios que lleve la cuenta. Quiere que nos convenzamos de verdad de algo que ya sabemos: todo lo que tenemos es un regalo y es estúpido sentirnos orgullosos por algo que no es nuestro.

En resumen, el Tentador hará lo posible para que nos centremos en nosotros mismos y Dios intentará que no pongamos nuestra atención en nosotros mismos, ni siquiera para valorar nuestra propia humildad.

6. La tentación de corromper la espiritualidad

Cuando le falla la carne y el mundo, el diablo utiliza la corrupción de lo más santo o de lo espiritual. Echar a perder a un santo, engañarle disfrazándose de ángel de luz es una de las victorias que más agradan al Tentador.

A veces pensamos que el demonio nos aleja de todo lo que sea espiritual, y no es así. El Enemigo tiene un arma más eficaz y que además le gusta más emplear. Es la falsa espiritualidad. No olvidemos que lo que a él le interesa es alejarnos de Dios, y hacerlo del modo que nos pase más desapercibido. Y como la falsa espiritualidad es «espiritual», no nos parece que pueda venir del Enemigo.

Como la finalidad del Tentador es alejarnos de Dios, y la fe cristiana nos lleva a Dios, él tiene un gran interés en desvirtuar la fuerza transformadora y salvadora de la fe. Esta falsa espiritualidad tiene varios caminos:

a) La deformación del rostro de Cristo

Uno de los caminos que más utiliza es la deformación de la misma imagen de Jesús. El Enemigo va cambiando progresivamente esa imagen deformada. Su trabajo consiste en manipular el rostro de Cristo que aparece en el Evangelio, eliminando algunos datos, exagerando otros, añadiendo alguno más. Según vaya a ser más o menos aceptado ese «nuevo Jesús», es presentado como revolucionario, justificador del orden social, marxista, liberal, humanitario, artista o loco.

Con estas falsas reconstrucciones -sustentadas por escritores o «teólogos» que prefieren la fama a la verdad- se consigue que los hombres sigan o imiten a un Jesús que no existe. No sólo se les oculta lo fundamental de su enseñanza, sino que se sustituye la persona -real, presente y actuante de Jesús- por una figura del pasado lejano que es difícil o imposible de descubrir. Para realizar esta búsqueda imposible y estas reconstrucciones falaces se gastan energías que serían suficientes para encontrar al Cristo vivo y verdadero que cambia la vida. El Enemigo nos empuja a discutir cada detalle de la vida de Jesús y a reconstruir su mensaje completo, y así hace imposible que Cristo se haga presente y nos

cambie con la fuerza que tiene cada una de sus palabras o de sus gestos.

b) Convertir la fe en un medio al servicio de otros fines

Otra forma moderna de desvirtuar lo espiritual es convertir el cristianismo en un medio al servicio de intereses políticos. Es cierto que el Evangelio tiene consecuencias sociales y políticas. Al Enemigo no le interesa esta conexión entre cristianismo y vida. Todo lo contrario. Lo que pretende es reducir el cristianismo a un medio para otros fines; un medio que se pueda manipular a capricho o desechar cuando ya no interese. Se trata de hacer que los hombres abracen el cristianismo, pero no por sí mismo y porque sea verdadero, sino porque les conviene. Ya llegará el momento de hacérselo rechazar porque les estorbe para ese fin supremo con que han sustituido a Dios.

Esta forma de desvirtuar la fe podría definirse como «el cristianismo y...». No se trata de negar la fe, sino de añadirle un elemento que fomente la diferencia con los demás cristianos y desplace el centro de la fe: «el cristianismo y el feminismo», «el cristianismo y la ecología», «cristianismo y homosexualidad»...

Ya decía cierto rey francés aquello de «París bien vale una misa» como forma de expresar la manipulación de la fe por el poder político. Desde la revolución francesa hasta la China comunista, se ha descubierto que, para eliminar la fe, más eficaz que la abierta oposición, consiste en fundar una Iglesia «revolucionaria» o «nacionalista». Con esto se consiguen dos fines: oponerse a la fe y promover la propia ideología. En nuestro tiempo tenemos asociaciones de «homosexuales cristianos» que encuentran en la fe una forma de defender sus posiciones y reivindicaciones a la vez que se oponen a la fe verdadera: «la Iglesia es homófoba, los que se oponen a la homosexualidad van contra Cristo y contra el Evangelio». Leyendo su propaganda queda muy claro que les importa más la defensa de sus posturas que Cristo y el Evangelio. Y lo mismo podría decirse del cristianismo feminista, etc.

c) El horror a «lo mismo de siempre»

Se trata de un mecanismo básico de la tentación que el Enemigo aplica con éxito a diversas situaciones. Consiste en el horror a lo

mismo de siempre: la necesidad de cambiar por cambiar, el pensar que lo nuevo es mejor por sólo el hecho de ser nuevo.

El diablo aplica esta tentación con éxito al terreno religioso. Muchas herejías -o quizá simples tonterías- sólo se amparan en el título de «nuevo». El mismo sistema lo emplea también para atacar al matrimonio, como fuente de infidelidades que llevan a una relación más desastrosa que la anterior por el mero hecho de ser «nueva». Al Enemigo le resulta muy útil este afán de novedad para crear nuevas modas o teorías -por supuesto sin relación alguna con la verdad-.

No es que Dios no quiera el cambio o que ese cambio verdadero no sea gratificante y positivo. Lo que hace el Enemigo es introducir una exigencia absoluta de novedad que impide cualquier otra reflexión o la confrontación de ese cambio con los valores objetivos. Con ese afán permanente de novedad, el demonio consigue eliminar el placer presente y subrayar la insatisfacción y el deseo que lleva fácilmente a la infidelidad o al egoísmo. De ahí nos lleva fácilmente a la búsqueda del placer inexistente o prohibido.

El Enemigo ha conseguido aplicar con mucho éxito la tentación de «lo mismo de siempre» a algo tan valioso y eficaz como la liturgia. Bajo el lema del mundo «hay que cambiar» y con el pretexto de «atraer a la gente» se han hecho muchas tonterías: no decir la misa en la capilla, sino en la terraza..., por cambiar; no leer lecturas de la Biblia «ya muy sabidas» y leer una estadística o el escrito de un poeta o un pensador; consagrar «otro alimento» más actual. Detrás de estos experimentos no suele haber más fundamento que el afán de salir de la monotonía. Como aquella comunidad que había puesto en el proyecto comunitario no ir a misa todos los días «para no acostumbrarse». Lo peor de esta tentación es que lo que hoy es nuevo, mañana es viejo y hay que volverlo a cambiar. O se cae en la monotonía de repetir lo que es novedad sin fundamento (¿cuántas guitarras y juguetes se ofrecen en una misa de niños?), o hay que estar permanentemente inventando signos y símbolos. Al final el Enemigo consigue que se emplee el doble de esfuerzo en esta permanente novedad y no se dedique la mitad de tiempo a una liturgia que bien cuidada tiene fuerza y suficiente novedad por sí misma.

d) El espiritualismo como tentación

Una forma concreta de falsear la espiritualidad consiste precisamente en hacerla «demasiado espiritual». Por ejemplo, haciéndonos ver -no sin la ayuda de ciertas modas teológicas o eclesológicas- que la oración de petición de cosas materiales (alimento, salud, trabajo...) es poco espiritual; como si sólo la alabanza y la comunión con Dios fuera la oración verdadera. Lo mismo podría decirse de abandonar una oración en que le «contamos a Dios nuestras cosas» porque ya se las sabe; o dejar de analizar nuestra vida a la luz del Evangelio porque es «centrarse en uno mismo».

No nos damos cuenta de que con teorías tan «espirituales» acabamos haciendo lo contrario de lo que Dios quiere: él nos ha dicho que le pidamos el pan de cada día, que acudamos a él si estamos cansados y agobiados...

Otras veces, esta falsa espiritualidad se reviste de «lo moderno» en oposición a «las cosas de antes», e intenta que dejemos de «aferrarnos» a prácticas tan «antiguas» como el examen de conciencia, la misa diaria o la dirección espiritual..., y que busquemos «lo último en espiritualidad» que consiste en la meditación oriental, el yoga o la libertad de los hijos de Dios entendida como no estar atado a nada ni a nadie, ni siquiera a Dios.

A veces el Enemigo no consigue que oremos de otro modo o que dejemos esas prácticas que nos parecen «poco espirituales» o «muy anticuadas», pero consigue que las hagamos con prevención, con vergüenza, como si hiciéramos algo malo. Y cuando surgen las dificultades, la aridez o la sensación de que nuestra oración no es escuchada, esta prevención sembrada en nuestro corazón nos hace explicarlas como una prueba de lo equivocado del camino que llevábamos. Y si nuestras oraciones «materiales» tienen éxito, el Enemigo intentará que las expliquemos como la consecuencia natural de las circunstancias, como una casualidad..., o en todo caso nos inducirá a creer que es orgullo creer que ese resultado tiene algo que ver con nuestra oración. Él intentará ocultarnos que en la providencia de Dios entran las circunstancias, su actuación directa o indirecta..., y también nuestras oraciones.

7. Tentaciones sobre el Tentador

El modo que tiene el demonio de actuar con más fuerza es hacerlo en la sombra; en la aparente impunidad que le ofrece el hecho de que el hombre no crea en su existencia. Ayuda mucho en este sentido la imagen de los «diablos» como figuras predominantemente cómicas. Si el hombre comienza a tener la más leve sospecha de la existencia del demonio, éste le insinuará la imagen de un ser estrafalario, vestido con mallas rojas y dotado de cuernos, pezuñas, etc. Y puesto que un hombre sensato no puede creer en esta ridícula imagen mítica, en consecuencia no puede creer en el demonio.

El culmen de este modo de tentación consiste en inducir al hombre a negar la existencia del demonio y de todo lo «espiritual», mientras se arrodilla para adorar al demonio a quien niega bajo realidades vagamente denominadas «fuerzas» que se esconden tras la ciencia, el sexo o el poder.

II. Las armas del Tentador

1. El ambiente

a) La influencia del ambiente usada por el demonio

Los seres humanos estamos muy influenciados -para bien o para mal- por las relaciones humanas que configuran nuestra vida: familia, amistades, compañeros, sociedad... Y el Tentador, que conoce bien esta característica nuestra, intenta utilizarla a su favor. Nuestra necesidad natural de ser amados y aceptados nos lleva fácilmente a acomodarnos a criterios, opciones, o simplemente a costumbres o expresiones que no encajan -o se oponen frontalmente- a las opciones que hemos tomado de forma personal y consciente. La capacidad de acomodación en la que se basa la convivencia puede ser utilizada por el Enemigo para irnos modelando con los valores del mundo.

La fama, la posición, el dinero, la belleza o la brillantez intelectual que descubrimos en los demás abren ingenuamente las compuertas de nuestra mente y de nuestro corazón para que nos invadan la superficialidad, el escepticismo o la mediocridad de personas que nos han fascinado por su envoltorio. En realidad el Enemigo no necesita que la persona que nos muestra sea realmente inteligente, famosa, o rica, sino simplemente que nos parezca inteligente, famosa o sea más rica que nosotros; eso puede ser suficiente para que el diablo pueda utilizar la influencia que ha creado esa pequeña fascinación, aunque sea falsa.

Hay que tener cuidado porque esta tentación -como toda tentación eficaz- no es tan evidente: no se trata de «malas compañías» que nos llevan a pecar, sino personas de buen tono que nos envuelven en su propia vanidad y superficialidad. La tentación, como es habitual, no pone en el primer plano las opciones que esas personas representan o la decisión de asumir los valores que encarnan esas nuevas amistades. Lo que surge es simplemente una sintonía afectiva que nos desliza suave e

inconscientemente a un espontáneo mimetismo del ambiente al que nos hemos incorporado.

La clave del éxito del Tentador está precisamente en la inconsciencia. El Enemigo intentará por todos los medios posibles que no cotejemos nuestras nuevas relaciones con la fe y con nuestras convicciones. El deseo de quedar bien, el miedo a enfrentarnos o a quedarnos solos, el adormecimiento que produce el halago serán los aliados del demonio para que, cuando nos demos cuenta, lo que en un principio fue sólo una pose, un modo de hablar o unos modales aceptados externamente se conviertan en valores asumidos.

Una vez que el Tentador nos ha enredado en la vanidad del mundo es muy fácil llevarnos a los gastos superfluos, a la pérdida de tiempo o a la desatención de nuestros trabajos y compromisos.

b) Atrapados en un ambiente negativo

El Tentador tiene medios para mantenernos en un determinado ambiente, incluso cuando nos damos cuenta de su influencia negativa. Cuando comprendemos la verdadera naturaleza de nuestras «amistades», el Enemigo puede seguir dos caminos:

-Con los más simples intentará que sólo se den cuenta de la contradicción cuando estén fuera de ese círculo de influencia, y que caigan de nuevo fascinados por ese ambiente cuando vuelvan a él. Aunque no pueda apartarles totalmente de la vida cristiana, el diablo habrá conseguido la no pequeña victoria de que lleven dos vidas paralelas; o lo que es lo mismo, de que no le entreguen a Dios toda su vida.

-Con personas más complicadas, el Tentador puede jugar con nuestra vanidad haciéndonos creer a la vez más profundos que nuestras amistades superficiales y más abiertos o modernos que el cristiano que reza a nuestro lado. Un toque de orgullo puede ser suficiente para hacernos creer que esa forma de doble vida nos convierte en personas más completas, que somos capaces de desenvolvemos en esos dos mundos tan opuestos y no nos daremos cuenta que estamos traicionando a los dos mundos a la vez y a nosotros mismos.

Loli no es mala chica. Durante la semana estudia, asiste a la catequesis de confirmación y el domingo -si está en la ciudad- le gusta ir a misa con los amigos de la parroquia. Algunos fines de semana y durante las vacaciones va al pueblo de sus padres. Allí el ambiente es distinto, si va a misa se siente sola entre personas mayores, luego la señalan con el dedo... Su pandilla del pueblo es muy distinta y sus formas de divertirse no siempre le parecen bien. Pero no va a enfrentarse o a quedarse sola. Al principio se sentía mal porque se sentía falsa con unos y con otros, porque se sentía sin personalidad. El Enemigo consiguió completar su tarea susurrándole al oído que ella era mucho más completa que los demás porque a la vez era cristiana y sabía divertirse, porque sabía moverse en varios ambientes, porque no era tan cerrada como los unos, ni tan plana como los otros...

Pero la tentación del ambiente no sólo afecta a los adolescentes.

Juan es un sacerdote joven, que en el Seminario ha adquirido una buena formación y unos sólidos criterios. Cuando se ordenó sacerdote le enviaron a una parroquia y a una zona donde muchas cosas no se hacían bien. Y Juan comenzó a ceder. Lógicamente no cambió sus criterios teóricos: justificaba y hacía cosas que él rechazaba interiormente por «no crear conflictos», «no destacar», «hacer lo que todos», «ir poco a poco». Cuando se reunía con sus compañeros del Seminario se sentía bastante mal... Hasta que aprendió, no sin ayuda del Enemigo, a encontrar una justificación: él era más abierto y conciliador que sus compañeros de curso y, a la vez, tenía mejor criterio que los sacerdotes con los que trabajaba. De este modo, Juan no se da cuenta de que no hace otra cosa que dejarse llevar por el ambiente.

c) La tentación sobre la existencia del «mundo»

Un arma especialmente importante para ocultarnos la influencia del ambiente es hacernos olvidar que el «mundo» sigue siendo un enemigo del alma. Durante muchos siglos, el cristiano ha estado avisado contra el mundo y su vanidad, que empuja al hombre fuera de su relación con Dios e intenta sacarlo de planteamientos evangélicos conscientes y consecuentes a base de atraerlo con la fama, la moda o la simple superficialidad. Muchas personas no han experimentado nunca lo que significa vivir fuera de esta maraña y este simple mecanismo los mantiene eficazmente apartados de Dios.

El Enemigo, que tiene tanto interés en ocultarnos cuál es la verdadera batalla y los verdaderos enemigos -incluido él mismo-, también tiene mucho interés en ocultarnos el peligro del mundo. Uno de sus mayores éxitos es haber conseguido un ambiente dentro de la misma Iglesia en el que da vergüenza hablar del peligro que supone el mundo o la vanidad de la mayoría de las cosas que el mundo nos propone. En contra de esta tendencia aparece el interés del Señor en recordarnos que, aunque estemos en el mundo, no somos del mundo, ni el mundo nos considera como amigos (cf. Jn 15,18-19; 16,33; 17,9.14-16).

Una de las formas más eficaces de hacernos olvidar la existencia del «mundo», que se opone a Cristo y al cristiano, son los tópicos despectivos como «puritano», «mojigato», o los más modernos, «intolerante» o «anticuado». Cualquiera que pretenda cribar las influencias, relaciones o valores que le ofrece el mundo escucha a su alrededor -y el Tentador hace que resuene en su interior- los tan temidos calificativos: «intolerante», «beato» o «antiguo».

En muchas ocasiones el simple miedo interior a pensar que podemos ser etiquetados de «rígidos», «intransigentes» o «fanáticos» provoca que nosotros solitos nos lancemos a ambientes y situaciones en las que no podemos avanzar, ni siquiera mantenernos firmes. Tendríamos que seguir el sabio consejo de la joven Teresa de Lisieux que afirmaba que, cuando no estaba segura de vencer, lo que hacía era huir; claro que a ella la conciencia de su pequeñez le libraba del orgullo de pensar que se puede vencer cualquier influencia y resistir en cualquier ambiente.

En ambientes más «cristianos», el diablo puede presentar astutamente los tópicos de que «hay que estar en el mundo», «hay que conocerlo todo para rechazarlo o para vencerlo» o la siempre eficaz vanidad susurrada al oído: «a ti ya no te afectan esas cosas», «tú tienes eso superado». Si es preciso, puede engañarnos con un falso afán apostólico que nos haga creer que nuestra simple presencia en esos ambientes -aunque comulguemos con sus valores y no demos ningún testimonio- es beneficiosa para los demás.

A un joven seminarista, Andrés, le han dicho en el seminario que ya no tiene sentido eso que se decía antes de «huir del mundo», que no hay que tener miedo al mundo ni a lo que antes se llamaba

«relaciones peligrosas»; que debiera tener el mayor número de experiencias posibles, sin rehuir ningún tipo de ambiente propio de un joven de su edad (todo un logro de esta tentación del Enemigo en la misma formación sacerdotal). En las vacaciones, Andrés comprobó en sus propias carnes las dificultades de una actitud tan ingenua y simplista: tiempo perdido, despiste, dudas y caídas fueron el fruto de aplicar este meterse en el mundo sin ningún juicio ni prevención. Se dio cuenta de que no era tan fuerte ni tan invulnerable como para estar en cualquier ambiente de cualquier forma. Al comenzar el nuevo curso, Andrés decidió poner un poco más de orden en sus actividades, relaciones y diversiones... No tardaron en llegar las descalificaciones: «raro», «beato», «antiguo»... Andrés no se volvió atrás, pero sintió la fuerza de la tentación de ignorar que el mundo -en el sentido de que habla Jesús en el Evangelio- sigue siendo un enemigo.

2. La superficialidad

La superficialidad que el Enemigo puede usar como arma no tiene que ver con la verdadera alegría. Hay que tener cuidado con una falsa ascesis que puede tener cierta prevención contra la alegría, la risa o la diversión. Sin embargo no hay que olvidar que sólo Dios y el amor verdadero pueden proporcionar la verdadera alegría, que como un boomerang nos empujará de nuevo a Dios y al amor. La alegría no puede ser una tentación; todo lo contrario, es uno de los dones del Espíritu (Gal 5,22) y de los signos de la acción de Dios. La auténtica diversión, que fomenta la amistad, el contento, la unidad..., tampoco es un arma útil para el Tentador, salvo que sirva para distraernos de lo fundamental.

Pero hay un sucedáneo de la alegría que puede ser muy útil al Enemigo. Nos lo presenta como «sentido del humor» y lo justifica con la necesidad de «no tomarse las cosas tan en serio». En realidad sólo se trata de una capa de broma que justifica la falta de caridad, la irresponsabilidad, la crueldad o la misma infidelidad. Lo podemos llamar «ligereza». Si envuelvo la crítica con una gracia, ya no soy un criticón, sino un gracioso; si llego siempre tarde y tomo el pelo en tono de broma a los que están esperando, ya no soy un irresponsable, sino un tipo original.

Lo más peligroso para el que cae en la red de esta ligereza -el «jocoso»- es que descubre la forma de hacer lo que le da la gana y

justificarlo ante sí mismo y ante los demás. Consigue que pase por gracioso lo que, presentado de otro modo, sería un defecto despreciable. El Enemigo consigue así que aceptemos en nosotros y en los demás lo que en sí mismo sería inaceptable. Es uno de esos trucos del Tentador que nos hace inconscientes y que da mucho juego para hacernos caer fácilmente en gran diversidad de faltas que rechazaríamos en seguida si las viéramos.

La manipulación del lenguaje, propia del «padre de la mentira», apoya la tarea del Tentador al llamar a esto «sentido del humor» y por lo tanto descalificar a cualquiera que nos plantee en serio nuestros defectos con las terribles descalificaciones de «soso», «aburrido» o carente de sentido del humor.

El efecto de esta tentación es la incapacidad de tomar en serio la vida y las propias acciones y fomentar una de las mejores armas del Enemigo: la superficialidad. Bajo pretexto de buen humor impedimos que Dios o los demás nos puedan plantear nada «en serio». Además esta ligereza jocosa ni une, ni estimula, ni agudiza el ingenio..., tiene los efectos contrarios de la verdadera alegría.

El catequista de un grupo de confirmación intenta que la catequesis no se quede en meras teorías y palabras bonitas. Suele preguntar a los chicos qué piensan ellos, cómo viven los diferentes aspectos de la vida cristiana, qué dificultades y avances experimentan. Pero topa enseguida con una dificultad: Lucas. Lucas no es el típico adolescente vergonzoso que rehúye las preguntas, se calla y no participa. Lucas interviene antes de que se termine la pregunta, sabe ver el aspecto gracioso de la pregunta, cuenta una anécdota, dirige la cuestión hacia otro lado..., y se hace imposible profundizar en nada. No es que sea superficial, es que ha tomado la superficialidad como arma para no plantearse lo él sabe que cambiaría su vida: callarse daría impresión de que existe un problema o una dificultad, y de que no tiene respuesta. Su táctica (hábilmente sugerida por el Tentador) es muy útil: ante cualquier intento del catequista de volver a la cuestión, Lucas se defiende diciendo que «no se puede gastar una broma», «es que tú eres muy serio»... Lo malo ya no es que Lucas no deje hablar en serio, es que los demás han aprendido esa forma de superficialidad tan graciosa que les hace inmunes a cualquier planteamiento.

3. La distracción

Ya sabemos que el Enemigo es muy consciente de su tarea: alejarnos de Dios. Para él todo lo demás es secundario. Las demás realidades son tan solo ocasiones que él puede aprovechar para su fin, materia prima con la que trabajar de un modo o de otro para intentar alejarnos de Dios.

Por eso, al Tentador le resulta muy útil distraernos con interminables cavilaciones sobre si tal circunstancia, situación o realidad es «buena» o «mala», «favorable» o «desfavorable». Como si nuestra fidelidad o supervivencia dependiera de conocer todas las posibilidades y todas las respuestas a las diferentes vicisitudes por las que puede pasar nuestra vida. O como si el tomar una opción buena, o incluso mejor que otras, nos diera la garantía de hacer lo que Dios quiere. Especialmente si estas decisiones teóricas nos impiden luego tomarle el pulso a la vida real. Mientras nos enredamos en esas valoraciones teóricas se nos olvida algo fundamental, lo más importante, lo único necesario: que en cualquier situación nuestra tarea es buscar a Dios y amarle. No nos van a salvar esas teorías, más o menos aquilatadas, sobre si nuestra situación es más o menos difícil o desfavorable que la que tiene otra persona o la que tuvimos en otro momento de nuestra vida, o sobre lo que nos parece positivo o negativo de cada situación. Sólo nos ayudará el estar atentos a amar y acercarnos a Dios en cada momento concreto de nuestra vida, sea más o menos favorable.

Pongamos un ejemplo. De nada sirve creer que es mejor la austeridad o el celibato si, eligiendo lo que es teóricamente mejor, en la vida diaria esa opción nos lleva al orgullo o a una forma deshumanizada de relación con los demás. Eso que es bueno en sí mismo, si perdemos el verdadero punto de vista, nos aleja de Dios; y lo que es peor, se nos adormece la conciencia porque creemos que ya hacemos eso que «es bueno» y entonces ya no nos paramos a pensar si de hecho nos estamos acercando a Dios. Pero tampoco vale de nada tomar la opción contraria a la de nuestro ejemplo, pensando que el matrimonio es bueno en sí mismo y querido por Dios, para luego confundir el amor de pareja con un impulso romántico e irrefrenable que no podemos controlar y que

dejamos que mueva nuestra vida. Lo que de hecho es bueno (el matrimonio), si no nos esforzamos en conseguir que realmente nos acerque a Dios, es una buena materia prima para el Tentador porque nos cegamos con el principio general («es bueno») y no luchamos para que esa circunstancia «buena» nos acerque a Dios, dejándonos llevar en la práctica por un concepto de amor que se identifica con el capricho.

Sor Juana está haciendo Ejercicios espirituales. Ha llegado al momento en que tiene que hacer elección y reforma de su modo de vida. Cuando el fruto de los Ejercicios tiene que concretarse, el Enemigo la distrae, pero no planteándole recuerdos o cosas absurdas, sino desviando «un poco» el planteamiento. Sor Juana tiene que plantearse cómo va a vivir el silencio: y en lugar de concretar si Dios se lo pide, y cuál es el silencio que necesita para mantener su relación con Dios, empieza a plantearse y a razonar si es bueno o malo oír la radio, si es pecado ver la televisión, si es necesario estar o no informado. Todas esas preguntas, además de que le llevan a temas generales que le entretienen en ese momento tan importante, le sacan de la cuestión fundamental: ¿qué silencio me pide a mí Dios? Si tiene que plantearse ante Dios cuánto y cómo debe rezar, surge en seguida la tentación «¿es que el trabajo es malo?, ¿acaso no es bueno el apostolado»; y fácilmente de ahí se pasa a consideraciones generales sobre la obra que se tiene que realizar, la situación de su congregación, las necesidades del mundo...; y de nuevo todas esas cuestiones tan complicadas de analizar no le sirven para resolver la pregunta que ahora tiene que responder a la luz de Dios: «¿cómo y cuánto necesito rezar?».

4. La desilusión

La desilusión es una de las armas preferidas por el Tentador. Cuando el hombre comienza una tarea y se encuentra con las dificultades normales, la tentación de la desilusión es un medio muy eficaz para desviarle del camino. El estudiante que se entusiasma con la naturaleza y se pone a aprender biología en serio; los novios que se casan entusiasmados y tienen que empezar a fabricar toda una vida matrimonial; el cristiano que descubre la grandeza del Evangelio y quiere seguir a Jesucristo de verdad... En cualquier actividad humana hay una distancia entre lo que se desea y la realidad. Al comienzo de estas empresas es normal surja un choque

entre el objeto deseado y el trabajo y el tiempo que comporta conseguirlo. Este choque tiene que ser superado venciendo la dificultad inicial que necesariamente supone toda empresa que merezca la pena. Normalmente el entusiasmo inicial permite afrontar las dificultades. Por eso el Enemigo necesita romper este entusiasmo subrayando el sentimiento de decepción que surge al comprobar el largo camino que hay hasta la meta deseada y procurando evitar así que encajemos ese esfuerzo con objetividad. El Tentador impedirá que el hombre piense: «Parece que esto es algo más difícil de lo que parecía; pero puesto que es algo valioso, tendré que esforzarme un poco más de lo previsto para conseguirlo». En cambio, le sugerirá que piense: «Vaya, me he equivocado, soy un ingenuo idealista que creía que este objetivo era posible; pero la realidad se impone: se trata de algo imposible (o de algo que no merece la pena)». El éxito de esta tentación consiste en manejar con destreza la multitud de «motivos racionales» (los únicos, al parecer, verdaderos) para que el hombre se sienta decepcionado y abandone su empresa; el diablo pretende que olvidemos que, además de dificultades y obstáculos existe la motivación, la voluntad, el valor de las cosas, la superación de uno mismo..., aunque esto sea presentado como irracional por el Tentador.

5. El ruido

Al Enemigo le horroriza la música y el silencio porque en los dos, pero especialmente en el silencio, puede hablar Dios. El cielo estará compuesto de música y de silencio. Por eso, el Tentador usa como aliado el ruido. No puede ser casualidad que gran parte de la música moderna esté más cercana al ruido que a otra cosa. Tampoco puede extrañarnos que vivamos en un mundo lleno de ruido.

El ruido es útil al demonio especialmente porque impide pensar; hace imposible tomar conciencia de la verdadera situación en la que me encuentro, de las necesidades y deseos profundos del alma. El ruido amortigua la conciencia e impide tomar la vida en las propias manos.

Un poco de ruido -por fuera o por dentro- puede ser usado hábilmente para acallar la voz de Dios o para distraernos de lo que verdaderamente está pasando. Por lo tanto, una buena dosis de silencio será siempre una buena arma para defenderse de los ataques del Enemigo.

Después de unos Ejercicios espirituales, María Luisa está totalmente cambiada. Ha visto cuáles son sus pecados y tentaciones, cuánto la ama el Señor y lo que quiere de ella. Y ella también lo quiere. Se siente tranquila y confiada: se trata de mantener lo que se ha visto, de seguir con la oración, Dios no va a dejar de ayudarla. Ciertamente parece que el Enemigo ha perdido la batalla. Pero cuenta con un arma sencilla y eficaz: el ruido. María Luisa no deja de rezar: al principio al salir de la oración, el Enemigo le va poniendo ruidos interiores y exteriores: un poco de música, una preocupación, qué va a hacer con tal persona... Poco a poco esos ruidos se van metiendo en la oración: recuerdos, preocupaciones... La oración se hace más dura, se pierde la ilusión, se buscan más distracciones. El Enemigo aprovecha y agranda las preocupaciones y los sentimientos, hasta crear un ambiente de ruido interior en el que Dios ya no puede hablar, en el que cada vez cuenta menos lo que se vio en los Ejercicios. Ahora María Luisa casi busca el ruido para no darse cuenta de lo que ha dejado atrás, de la infidelidad en la que está cayendo: así el ruido le impide rehacer el camino.

6. La virtud

Aunque pueda extrañarnos, para ser realmente «bueno» o «malo», santo o traidor hace falta alguna virtud. Una acertada máxima dice que «lo peor es la corrupción de lo mejor». El peor enemigo de Dios es el que emplea contra Dios todos los talentos recibidos de él -especialmente si son muchos-. El diablo lo sabe muy bien: en él se dio ese paso de lo mejor a lo peor. Por el contrario, el que carece de inteligencia, de voluntad, de imaginación, de iniciativa, de tesón, incluso de memoria, no puede ser verdaderamente malo.

Pero el Enemigo tiene un serio problema para oponernos a Dios: no puede infundir ninguna virtud. Por lo tanto no le queda más remedio que intentar aprovechar en su favor las virtudes que Dios nos concede. Así, la virtud se convierte también en una materia prima de la que se vale el Tentador.

Esto hace que el gran pecador y el gran santo tengan un terreno común, una misma base de capacidades, virtudes, dones -ciertamente dados por Dios- para construir una cosa o la otra. Lo cual explica la posibilidad del salto entre grandes pecadores a grandes santos (san Pablo es el prototipo); pero desgraciadamente el proceso también funciona al revés: el que está capacitado y llamado a ser santo es el que puede convertirse en el más peligroso enemigo de Dios.

Una consecuencia inmediata en nuestra lucha contra la tentación consiste en no consolarnos con hacer recuento de nuestras capacidades y virtudes, sino comprobar si realmente nos están ayudando a acercarnos a Dios y a cumplir sus planes.

La perseverancia en la oración es una virtud imprescindible para la santidad. Mari Carmen la tenía. Y eso mismo era para ella una garantía de que iba por el buen camino, de que no se le estaba filtrando la tentación. «Yo hago todos los días mi hora o incluso mis dos horas de oración». El Enemigo supo aprovechar esa virtud y ese discernimiento superficial para apartarla del mismo Dios. En la oración le hacía buscar el fruto sensible: conclusiones, sentimientos, consolaciones. Si no las tenía, las buscaba; y si no las alcanzaba, iba a experiencias pasadas para recordarlas, recrearlas. Sin darse mucha cuenta, Mari Carmen buscaba los consuelos de Dios, se buscaba a sí misma en la oración. Pero no se preocupaba: «La oración es algo bueno, yo no dejo la oración». Esa virtud, deformada por el Enemigo, se había convertido en un obstáculo para escuchar a Dios y seguirle con libertad.

7. El adormecimiento en la infidelidad

a) La inconsciencia de la infidelidad

Con frecuencia nos equivocamos al pensar que el objetivo del Tentador es que cometamos grandes pecados o que quedemos atrapados por vicios terribles. El objetivo del Enemigo es uno sólo: apartarnos de Dios. Los grandes pecados tienen un gran inconveniente para el diablo: aunque ciertamente nos apartan de Dios, son tan evidentes que con facilidad nos percatamos de la estupidez que hemos cometido, nos arrepentimos y volvemos a Dios que nos está esperando con los brazos abiertos. Esa experiencia de pecado y de misericordia es muy eficaz para

acercarnos y unirnos a Dios y, por lo tanto, es muy peligrosa para el Tentador.

Por eso, la táctica del Enemigo para apartarnos eficazmente de Dios combina la infidelidad y la inconsciencia.

La infidelidad que el Enemigo intenta introducir en nuestra vida no es una renuncia explícita a Dios, sino una desviación suficientemente pequeña para que no nos demos cuenta de ella, pero que impide que alcancemos nuestro destino. Uno o dos grados de error en el rumbo bastan para que un barco se desvíe muchos kilómetros del puerto de destino.

Esas infidelidades que parecen pequeñas -y pueden serlo objetivamente- nos pasan desapercibidas, pero han viciado sustancialmente el camino hacia Dios que habíamos empezado.

El diablo es suficientemente astuto como para no inducirnos a abandonar en seguida las prácticas religiosas (oración, misa, confesión...), porque eso haría saltar todas las alarmas de nuestra conciencia. La tentación eficaz es la que nos hace pensar que seguimos siendo fieles en lo fundamental y que esas otras «pequeñas» infidelidades no tienen importancia ya que, en último extremo, podemos echarnos atrás cuando queramos. Aparece la inconsciencia como una de las armas más letales del Tentador.

En un principio el demonio puede inducirnos «tan sólo» a que disminuyamos la intensidad de nuestra búsqueda de Dios o a que mezclemos algún interés personal con la voluntad de Dios. Luego hará todo lo posible para que no seamos conscientes de ese cambio de rumbo. «No es tan importante», «dejémoslo pasar por esta vez», «pero yo sigo rezando»..., son las frases que el Enemigo susurrará a nuestro oído.

b) La vaga sensación de culpa

Otra arma con la que el Enemigo intenta hacernos inconscientes de la desviación que introduce en nuestro camino hacia Dios es la vaga sensación de culpa. Como es muy difícil que no vayamos percibiendo síntomas de nuestro alejamiento de Dios, y como el Señor, por amor, intentará avisarnos del error que estamos cometiendo, el Tentador combinará la táctica de hacernos inconscientes en la infidelidad con la creación de una vaga y

confusa sensación de incomodidad en nuestro interior que nos haga ver que «algo» no funciona del todo bien, pero que no se concreta en nada. El Enemigo meterá en el cajón de esa vaga sensación de malestar los toques de Dios a nuestra conciencia que intentan hacernos caer en la cuenta de nuestro cambio de rumbo.

El diablo tiene un gran interés en que no pensemos en la causa concreta de esa sensación y en mantener ese malestar sordo que va inundando nuestra vida; porque identificarlo sería el primer paso para encontrar de nuevo el camino.

Una vez difuminada la conciencia y establecido el malestar es cuando el Enemigo aprovecha para irnos distanciando de Dios: ese malestar nos hace difícil y desagradable pensar en Dios -sabemos que algo anda mal y no queremos reconocerlo-. De momento nos permite mantener alguna práctica religiosa, pero esta situación hace que cada vez nos resulte más desagradable, por lo que nosotros mismos acabamos buscando la rutina, la superficialidad y la distracción.

En ese momento estamos plenamente disponibles para el Enemigo: ya no tendrá que ofrecernos verdaderos placeres para sacarnos de Dios, sino que le bastará cualquier distracción estúpida que nos permita huir de Dios, no tener que enfrentar la inconcreta sensación de fracaso que nos está inundando. No olvidemos que uno de los placeres del diablo es apartarnos de Dios sin darnos nada a cambio -o dándonos precisamente la nada-. Él disfruta más con nuestro vacío y desesperación, que ofreciéndonos placeres pecaminosos.

Una vez fuera de la órbita de Dios, nos conformaremos con cualquier cosa para paliar esa sensación difusa de error que nada tiene que ver con la conciencia de pecado. No olvidemos que el Señor siempre sacará bien de la conciencia clara y concreta del pecado -o de la infidelidad- ofreciéndonos una nueva oportunidad de volver a él.

Raquel y Oscar se confirmaron hace unos años. Vieron con tristeza cómo la mayoría de sus amigos abandonaron la práctica de la fe y el compromiso que habían asumido. Ellos tenían las cosas muy claras: querían amar y servir al Señor con todas sus fuerzas. El Enemigo no podía oponerse radicalmente a esa opción y a la gracia. Fue planteando pequeños recortes: «la misa del domingo sí..., pero todos

los días...», «echar una mano en la Parroquia sí..., pero en el terreno laboral no se puede uno enfrentar demasiado por razones de conciencia», «una familia cristiana sí..., pero no hay porqué renunciar a un nivel de vida»... No había renunciado, ni escándalos..., todo lo contrario, siguen siendo buenas personas, un matrimonio cristiano, colaboradores en su parroquia. Pero han renunciado sin demasiada conciencia a sus ideales. Ciertamente que algunas veces -en misa o en alguna reunión- sienten cierto vago malestar al oír hablar de pobreza o de testimonio... Precisamente por eso procuran «no comprometerse demasiado», «no tomarse las cosas demasiado en serio», «no exagerar»... Además cómo van a ser infieles: les basta mirar a su alrededor y compararse con los demás. Desde luego nunca se comparan con lo que vieron que Dios les pedía al comienzo de su vida cristiana o con las exigencias objetivas del Evangelio.

8. Los extremos

Una de las formas que tiene el Enemigo para engañarnos es llevarnos a tener precaución de un peligro que no existe; impulsarnos a que tengamos mucho cuidado de no caer en algo que no es un verdadero peligro, mientras que el verdadero peligro está justo en el lado contrario. Si somos perezosos, nos hace valorar mucho la salud y los peligros del exceso de trabajo; si somos irreflexivos, nos previene contra la cobardía o la pusilanimidad; si somos glotones, a que tengamos cuidado de estar bien alimentados. Los peligros que nos muestra son verdaderos, pero no son reales para nosotros. Más bien el peligro está justamente en el lado opuesto del que el Tentador nos hace huir.

A través de las modas, el demonio nos puede inducir a cuidar en cada momento la virtud más próxima al vicio que tenemos más cerca. Cuando la tentación cambie, intentará plantearnos otra necesidad -verdadera, pero lejana de nuestra situación- que apoye esa nueva tentación. Por ejemplo, comenzamos a rezar y nos surge en seguida la necesidad de estar bien informados de todo para poder pedir por las necesidades del mundo. Curiosamente el Tentador hace que tengamos en cuenta los peligros de «espiritualismo» cuando la realidad es que nos estamos haciendo más mundanos, los del «puritanismo» cuando se relajan las costumbres, o los del «activismo» cuando estamos abandonando nuestros deberes...

De este modo, el Enemigo nos manipula y nos agita. Como si nos hiciera correr de un lado a otro de un barco con extintores cuando lo que realmente pasa es que el barco se está inundando; haciéndonos correr a todos, precisamente al lado por el que el barco se hunde.

Nuria y Ester son dos novicias muy distintas. Nuria es más bien tímida y quizá demasiado «espiritual»: le resulta fácil rezar, pero se refugia a veces en su mundo y en su oración para no enfrentarse a las dificultades de la relación con las otras novicias o a los problemas de la guardería que atiende su comunidad. Ester es muy activa, muy espontánea, pero poco reflexiva; es una joven buena pero le cuesta orar, mirarse a la luz de Dios, corregir sus defectos. En principio las dificultades que tienen una y otra no son insalvables, especialmente al principio de su formación. Pero el Enemigo sabe lo que debe subrayar a cada una de ellas para que sus defectos aumenten y trabajen en el sentido contrario al necesario. En los Ejercicios espirituales Nuria siempre saca la necesidad del silencio, del recogimiento, de fomentar la vida de oración; Ester, la de la entrega y el apostolado. Nuria tiene mucho miedo al activismo y Ester al espiritualismo desencarnado. En sus proyectos personales Nuria se plantea una meta generosa: sacar una hora más de oración que las demás, Ester se plantea ser más generosa no diciendo nunca que no a nada lo que le piden. Nada de eso está mal, salvo que el Enemigo les ha cambiado los papeles...

9. Contra la paciencia

La fatiga como tal no es una situación mala o peligrosa. Pero el Enemigo puede utilizarla para llevarnos a la impaciencia y a la falta de caridad. La irritación no viene de la fatiga misma -que puede producir cierta paz de espíritu e incluso amabilidad-. Lo que nos irrita cuando estamos cansados son exigencias o tareas con las que no habíamos contado: un rato más largo de espera, una dificultad imprevista... Y no es que «no podamos más», sino que no contábamos con esa dificultad añadida; es más, nos sentíamos con derecho -irracionalmente por supuesto- a no tener «encima» esta nueva dificultad. Después de haber aguantado con paciencia una tarea dura, nos irritamos por una tontería con la que no contábamos, precisamente porque pensamos que teníamos derecho a vernos libres de ella.

Para eso, el Tentador introduce en nuestra mente un cálculo falso: las falsas esperanzas de que en esas circunstancias ya no puede suceder ninguna otra cosa negativa; o nos impulsa a hacer un propósito supuestamente generoso de aguantar pero con un límite que nos parece razonable: si ese límite -arbitrario por supuesto- se traspasa, entonces nos sentimos con derecho a enfadarnos -incluso con Dios-. Se trata de infundirnos la idea de aguantar, pero «por un tiempo razonable»; que, claro está, no tiene ningún apoyo en la realidad. Esto es especialmente ridículo cuando el límite en el que nos paramos (y no por falta de fuerzas) es cuando la dificultad o el cansancio están a punto de terminar. Nos llevamos la peor parte: el trabajo y el cansancio de haberlo hecho prácticamente todo y el fruto de rebeldía e infidelidad de haber tirado la toalla..., justo cuando estábamos a punto de conseguirlo. Esta dificultad, que surge con el cansancio, es un arma que el Enemigo emplea especialmente en los ataques contra la castidad y la paciencia.

Guadalupe no aguanta a su suegra. Pierde la paciencia. Y no le falta buena voluntad. Cada vez que viene a casa se propone aceptarla, no tomarse las cosas a mal, no hacer caso de ciertos desprecios y humillaciones. Se lo pide así a Dios y le ofrece su esfuerzo. No sabe cómo, pero al final nunca lo consigue. Y no es que no lo intente. Pero el Enemigo ha introducido un sutil límite en su propósito de paciencia y en su ofrecimiento: cuando lleva mucho tiempo aguantando le hace pensar «esto ya es demasiado», «esto ya no se puede aguantar». Sin darse cuenta ha hecho un cálculo de lo que está dispuesta a soportar («pero que no me diga...») del tiempo que puede aguantar («estuve bien durante la comida, pero en el camino de vuelta...») o del resultado que tiene que dar («es que llevo así tres meses y sigue igual»). Las condiciones que pone hacen que todos sus muchos esfuerzos por tener paciencia no sirvan para nada.

Lo contrario a esta tentación contra la paciencia es aceptar humildemente la lucha, pedir la ayuda de Dios y entregarse a él sin plazos ni condiciones; aguantar sin sentirnos con derecho a nada, sólo a nuestra lucha y a su ayuda, mientras dure la dificultad o el cansancio.

III. Tentaciones en los momentos de gracia

Aunque el Enemigo mantiene siempre su lucha contra los hombres, esta lucha se hace especialmente intensa y significativa cuando uno descubre -o puede descubrir- una gracia de Dios que le transforma y le impulsa a la santidad. Evidentemente, el interés de la persona por responder a la gracia le obliga al Tentador a afinar mucho en su estrategia, sobre todo en los primeros momentos en los que, junto a una sincera decisión, convive en el alma algo de desconcierto.

1. Tentaciones contra la fe

La primera de este tipo de tentaciones, y quizá la más importante, es la tentación contra la fe. La gracia mueve necesariamente a buscar y acercarse a Dios. Es normal que surjan miedos, cálculos, añoranzas, etc. En principio la tentación se dirigirá a impedir que caminemos a paso firme hacia el encuentro transformador con Dios, mirando lo que nos ha dado y dónde nos llama; para ello el Enemigo nos invitará a mirar a nuestro alrededor para hacernos ver que no hace falta plantearse las cosas con tanta radicalidad, que tal como estamos somos mucho mejores que la mayoría, etc. Y así nos vamos limitando a construir simplemente una buena relación con Dios (un poco de oración, de sacramentos, etc.) basada en el mero cumplimiento... y manteniendo una prudencial distancia con Dios.

El fin al que el Enemigo nos quiere llevar es dudar de que Dios actúa; es la tentación contra la fe. No pretende que dejemos de creer en Dios, por lo menos en su existencia teórica; sino que dejemos de creer en el Dios vivo y verdadero que nos ama y actúa en nosotros de forma extraordinaria.

Esta tentación se apoya en la convicción, basada en las adversidades que solemos experimentar, de que las dificultades que encontramos son más verdaderas e importantes que la gracia de Dios. Nuestra mirada se dirige a las dificultades y quedamos atrapados en el miedo, la incertidumbre o la angustia.

El problema de esta tentación radica en que si no creemos apasionadamente en la gracia y en obra del Señor, él no podrá llevar a cabo esa obra y la gracia se verá frustrada. Además, si uno no cree en la obra de Dios, difícilmente podrá cooperar a su realización; mientras que si cree de verdad, estará dispuesto a lo que sea y pondrá los medios de forma eficaz.

Juan ha aceptado realizar unos días de retiro espiritual con unos amigos de la universidad. A poco de empezar descubre con gran fuerza la presencia de Dios que le llena y le mueve interiormente. Se siente feliz, alegre..., pero, a la vez, intuye que ese Dios que empieza a descubrir de verdad puede llevarle por caminos diferentes a los que él conoce y domina..., y le entra la duda sobre si merece la pena seguir el impulso de la gracia. Al darse cuenta de este planteamiento, se responde a sí mismo que ¡claro que merece la pena!, de hecho nunca ha sido tan feliz. Pero la duda toma una nueva forma mucho más peligrosa: «Todo esto que vivo en ahora, ¿hasta qué punto es algo real? ¿No será fruto del fervor de este momento?» A partir de aquí le resulta muy difícil dejar que su vida se oriente claramente hacia algo que puede ser el resultado del fervor sensible de un retiro espiritual. De ahí a reducir el proyecto que Dios le ofrece y la gracia de santidad que le presenta a un simple propósito de tratar de ser un poco mejor..., hay un simple paso.

2. Tentaciones contra el amor

En un primer momento se suele recibir la gracia de Dios con gozo y esperanza; y es fácil dejarse llevar por el impulso de ponernos en camino hacia una profundización y crecimiento en el amor que se experimenta. Pero el Enemigo nos recordará enseguida nuestra pobreza para hacernos entrar en oscuras zonas de desánimo y angustia. Mientras Dios nos invita a lanzarnos a un amor que él nos regala y hace posible, la tentación nos sugerirá que, dada la realidad del mundo y de nosotros mismos, es imposible alcanzar la meta. El ambiente de egoísmo de la sociedad, nuestras carencias afectivas, la dureza del propio carácter, etc. nos convencerán de que, por muy hermoso que parezca el objetivo, nunca lo podremos alcanzar.

Ana es una mujer que ha llevado siempre una vida bastante piadosa, aunque sin exagerar. Con motivo de un acontecimiento familiar muy doloroso tiene una profunda experiencia de Dios que le

produce un gran impacto. Vislumbra un mundo, nuevo e inconmensurable, que se abre ante ella; y se siente impulsada a lanzarse a él. Pero en momento en el que toma la decisión de ponerse en camino, el Enemigo le recuerda tantos pecados de egoísmo que la han martirizado durante mucho tiempo, sus carencias afectivas que condicionan negativamente sus relaciones con los demás... Pronto acaba concluyendo que la oferta que se le ofrece es muy interesante, pero para ella supone un imposible porque exige un amor del que se siente incapaz.

3. Tentaciones contra la esperanza

En el momento en el que Dios irrumpe en el alma con su gracia transformante se percibe con fuerza el llamamiento al amor y a la transformación que él ofrece. La invitación que Dios hace tiene como respuesta adecuada la esperanza, por la cual abrazamos el plan de Dios como fuente de la plenitud y felicidad máximas, poniendo nuestra confianza en Cristo y apoyándonos, no en nuestras fuerzas, sino en la gracia de Dios.

De esta actitud va a depender la posibilidad de que Dios realice su proyecto personal de comunión de amor y de transformación. Y el demonio sabe que es vital impedir el acto de esperanza que hace posible la eficacia de la acción del Espíritu Santo. Por eso, justo en este momento crucial sugiere diversas tentaciones contra la esperanza, que toman principalmente la forma de miedos, en general suficientemente razonables como para que nos sintamos justificados a tenerlos en cuenta.

El miedo al futuro, con la incertidumbre de qué me espera por un camino nuevo; el miedo al compromiso, con la duda de si seré capaz o no de responder adecuadamente; el miedo a las responsabilidades, que obligan a replantear valores, horarios, tareas, actividades, etc.; el miedo a los demás, al qué dirán, etc.

Inés asiste a las charlas cuaresmales de la parroquia. En un momento dado se siente súbitamente tocada por la gracia. Unas palabras del sacerdote se le clavan en el alma y se siente inundada por la gracia de Dios y movida por un fuerte deseo de cambiar de vida. En ese primer momento la posibilidad de orientar su existencia más plenamente hacia Dios le resulta atractiva y gozosa. Pero surge enseguida la posibilidad de que detrás de ese cambio tenga que plantearse una posible vocación religiosa, con la exigencia de dejar a

su novio, abandonar sus planes, etc. La esperanza en el proyecto de la gracia de Dios se ha desvanecido y sólo le resta explicarse a sí misma que tiene que ser más realista y menos soñadora.

4. Tentación de la traducción de la gracia

Las gracias que se reciben en orden a una profunda transformación y progreso espiritual tienen su orden y su sentido en el plan de Dios, que es el que dirige dicho proceso espiritual. Normalmente cada una de esas gracias o mociones forman parte de un plan de conjunto. El que realmente busca acoger eficazmente la gracia y corresponder a ella tiene que encajar cada una de las gracias en el conjunto del proceso espiritual y encontrar el sentido que tiene en relación al mismo. Esto requiere un cierto tiempo para que Dios vaya haciendo su obra y exige mantener una actitud de recogimiento y oración que permita descubrir el sentido verdadero de las gracias que recibimos.

Si actuamos así, avanzaremos claramente en la vida interior; por eso el Enemigo tratará de movernos a traducir espontáneamente las gracias recibidas, de modo que no le demos tiempo a Dios a que clarifique él mismo la traducción de sus gracias.

Antonio es un joven inquieto, de grandes ideales y buenos sentimientos cristianos. Está empezando una carrera que le gusta y acaricia interesantes proyectos de futuro en lo personal y en lo profesional. Lleva unos días sintiendo una mayor necesidad de orar y trata de buscar más tiempo para ello. En un momento determinado de la oración experimenta con gran fuerza que tiene que vivir a fondo el Evangelio, que su vida actual adolece de mediocridad. Recibe la gracia de ver la necesidad de un cambio y de sentirse movido a él. No duda de que se trata de un impulso de Dios y quiere ser generoso en la respuesta. Se pregunta qué quiere decirle el Señor con el impulso que le ha dado. Empieza a darle vueltas a distintas posibilidades. El Enemigo le sugerirá muchas y buenas; impidiéndole sólo una: esperar tranquilamente a que Dios mismo le termine de aclarar lo que le ha empezado a manifestar. El Tentador le urge a que traduzca la gracia como si Dios no pudiera hacerlo en su momento. «¡Ya sé -se dice Antonio-. El Señor me quiere misionero». Se trata de una traducción buena, generosa y santa. A partir de este momento empieza a dar pasos en función de una vocación que no tiene; y cada paso que dé le

irá alejando de su verdadera vocación y le acercará más al fracaso total de su vida.

5. Tentación de las prisas

Muy unida a la anterior está la tentación de las prisas. Dios tiene un ritmo constante, pero sereno; el Enemigo busca un ritmo frenético que haga imposible el discernimiento y el sosiego y, por tanto, la maduración espiritual. El resultado no es otro que sacar a la persona del cauce de la gracia concreta para colocarla en un camino bueno, pero que no es el de Dios.

El mismo Antonio del ejemplo anterior, una vez ha «decidido» que Dios le llama a ser misionero, debería madurar esa decisión, consultar, quizá terminar el curso actual para tener tiempo de tomar una decisión más madura. Pero el Enemigo le sugiere que todo lo que sean dilaciones constituyen una falta de generosidad, que si Dios le quiere misionero debe empezar ¡ya! Y le vemos descuidando sus estudios y lanzándose a realizar un sinfín de experiencias precipitadas que le acaban desorientando e impidiendo hacer el más elemental discernimiento vocacional.

6. Tentación de la proyección hacia el futuro

Cuando nos movemos en el terreno de la gracia significativa hemos de tener en cuenta que ésta se da siempre para el momento presente. Dios no nos garantiza hoy la gracia que vamos a necesitar mañana. Pero el Enemigo tiene mucho interés en que nos agobiamos pensando si podremos responder a lo que Dios nos pida mañana, olvidándonos así de lo que nos pide -y nos da- ahora. De ese modo nos saca del momento presente y del mismo ámbito de la gracia.

Patricia acaba de descubrir su vocación religiosa. Ve con claridad que el Señor le pide que se consagre a él, aunque no sabe de momento a qué tipo de vida religiosa le llama. Experimenta la gracia, no sólo de ver con claridad la llamada, sino de sentirse llena de alegría por ella y con la fuerza necesaria para ponerse en camino. Realmente Dios no le pide más que el disponerse a una vocación, para lo cual cuenta con una innegable ayuda de la gracia. Por eso el Enemigo le sugiere a Patricia la dificultad que va a suponer para ella dejar a su familia, el sufrimiento de sus padres ante la separación, las

exigencias de fuerzas físicas o de salud que suponen determinadas tareas en misiones... Nada de esto es real en ese momento y, cuando llegue, Dios le dará de nuevo la gracia para verlo y para vivirlo gozosamente. Pero esa gracia no la tiene ahora. La tentación por resolver unos problemas futuros le impide responder a la gracia actual; de modo que Patricia se siente enfrentada a una montaña de dificultades que la llevan al desánimo y al abandono de todo planteamiento vocacional.

7. Otras tentaciones

Suelen constituir un obstáculo para la gracia algunas de las tentaciones que ya se han visto anteriormente y que adquieren una especial importancia cuando se descubre la gracia de Dios.

Una de esas tentaciones es la incongruencia en los valores. Desarrollamos una teoría muy bien estructurada, que cuidamos con mimo... mientras vivimos otra cosa en la realidad concreta de nuestra vida. El que experimenta de verdad el amor de Dios descubre en sí mismo una serie de valores sustanciales que configuran y definen un nuevo modo de ser y de actuar. Pero se trata de valores que, aunque están muy claros en teoría, no han llegado a asimilarse en la práctica. Por eso, cuando llega el momento de actuar, y hay que tomar decisiones -pequeñas o grandes, claras o implícitas-, las tomamos de acuerdo con la escala de valores que realmente funciona en nuestra vida, que es la del mundo. Y aparece la incongruencia de que, mientras mantenemos conscientemente unos valores determinados, actuamos por otros muy distintos, que son los valores reales que mueven de verdad nuestra vida. Evidentemente este proceso no se realiza abiertamente; la tentación proporciona argumentos para revestir el cambio de motivaciones y justificaciones, y se hace de tal forma que se salve la apariencia de fidelidad a los criterios de Dios.

Otra es la tentación de lo urgente sobre lo importante, por la que las falsas prioridades o las urgencias nos vencen y van apartándonos del amor y de la voluntad de Dios, y son tanto más peligrosas cuanto menos conscientes seamos de ellas; porque van creando mecanismos de defensa a través de los que la Palabra de Dios no puede penetrar, y si no las descubrimos no las podemos vencer.

Puede ser peligrosa la tentación que consiste en el ansia de comunicar a otros todo lo que se ve o se vive en el terreno espiritual. Además de perder muchas energías, así se «airea» la gracia en ciernes y se pierde el calor interior. Hay que tener en cuenta que la comunicación de fe debe hacerse en función de la propia misión, de la caridad o de la necesidad de discernimiento; no por impulsos afectivos.

Por el contrario, el Enemigo puede mover a no confiar nada de lo interior a nadie -a veces, incluso, al mismo director espiritual- con la excusa de que se trata de cosas sagradas «entre Dios y yo». De esta forma nos introduce en el subjetivismo y nos impide hacer un discernimiento adecuado. Habría que aplicar -como respuesta- lo mismo que para la tentación anterior que lleva a una comunicación excesiva.

Suele ser frecuente la tentación de soberbia, con la que el demonio nos hace creernos mejores o superiores a los demás porque percibimos unas gracias que otros no tienen. Salvo excepciones, esto no suele ser importante, porque las gracias recibidas se viven desde un sentimiento muy fuerte de pequeñez e inmerecimiento. Pero una tentación tan abierta y fácil de identificar es muy útil al Enemigo para enmascarar otras tentaciones más sutiles e importantes, creando desconcierto y desánimo porque nos introduce en una lucha estéril que se autoalimenta a sí misma: como no hay base suficiente, la lucha no tiene mucho sentido, pero nos sentimos en la obligación de actuar contra una tentación tan clara; y como no vemos avance, creemos que el problema es grave y hemos de luchar más en contra... perdiendo así preciosas energías. Esto es especialmente significativo cuando la persona en cuestión no ha tenido especiales dificultades en ese campo, cuando hay una historia que le marca claramente en la pobreza personal o cuando existen tendencias psicológicas contrarias a la tentación y que la hacen casi imposible (complejos, culpabilidades, etc.).

Sin embargo sí hay una tentación en este sentido que no es tan abierta y por eso es más peligrosa: la de la autosuficiencia. Aquí sí puede haber una tentación de soberbia. Y no en términos generales, sino en concreto: es la tentación que lleva a creer que lo que Dios nos da es algo que tenemos por nuestros méritos y, consiguientemente, no necesitamos de nada ni de nadie para

mantenerlo o hacerlo crecer. Así se desprecian aquellos medios que son necesarios para el progreso espiritual o se sospecha del director espiritual como un medio innecesario o incluso negativo.

Es significativo el hecho de que mientras se intenta superar la supuesta inclinación a la soberbia se vea como lo más normal del mundo la sistemática sospecha hacia los instrumentos de Dios. La razón en la que se apoya el Enemigo no es otra que la dificultad de ajustar los valores y la necesidad de sentirnos comprendidos. Inconscientemente deseamos que se justifique lo que hacemos y que se nos comprenda «afectivamente»; de modo que todo lo que sea una revisión seria y un discernimiento de valores y actitudes lo vivimos como una especie de ataque. El medio que el Enemigo emplea para atacar es el subjetivismo; y la única salida que tenemos es la de objetivar. Por supuesto que cabe perfectamente abandonar la dirección espiritual o determinados medios humanos, pero siempre que existan datos objetivos y contrastados que justifiquen tal determinación.

También desorienta mucho la tentación de desconcierto porque «no entiendo nada». Es curioso que nos atasquemos tan tontamente en este tipo de tentaciones. El Señor nos da su gracia y nos hace ver claramente el camino, luego se esconde (es decir, desaparece visiblemente, pero sigue ahí) para que crezcamos y maduremos. Y como no tenemos la apoyatura que quisiéramos y que haría muy cómodo el camino, nos desconcertamos y nos creemos abandonados por el Señor, con problemas de fe, etc., gastando en lamentos y luchas estériles las energías que deberíamos emplear en el trabajo y en la fidelidad que son los signos de la seriedad con la que nos tomamos las cosas.

Finalmente existe una tentación que desorienta mucho y que tiene gran fuerza porque se apoya en el ambiente que nos rodea: la tentación de no desentonar en el mundo. Al principio el fuerte impulso de la gracia nos mantiene, pero pronto vemos que el seguimiento de Jesucristo nos coloca frente a criterios, a personas o a instituciones del mundo. Incluso aparece el reproche, la acusación o el ataque frontal con todo tipo de argumentos «razonables».

IV. Tentaciones en situaciones concretas

1. Tentaciones ante el sufrimiento y la muerte

Nada existe en el mundo que ayude más al hombre en su reflexión sobre las verdades eternas como el sufrimiento y la muerte, que le enfrentan con su propia realidad y su indigencia y le permiten volverse hacia Dios. Para evitar esta orientación, el Tentador intentará eliminar del horizonte humano todos los rastros de sufrimiento o de muerte. Pero intentará aprovecharse del dolor y de la muerte que más le pueden beneficiar: los que se desarrollan bajo el control de las avanzadas técnicas de la sociedad de consumo. Son los hombres que mueren en costosos sanatorios, entre médicos que mienten, enfermeras que mienten, familiares y amigos que mienten, prometiendo vida a los agonizantes, evitando la presencia del sacerdote o de cualquier signo que pueda plantearle al hombre que sufre o que muere la realidad más verdadera de lo que está viviendo.

La mentira sistemática en los hospitales, el silenciamiento de las enfermedades o de la muerte como forma de educación o respeto, son los instrumentos de los que se sirve el Tentador para llevar al hombre al convencimiento de que pertenece a una condición invulnerable, satisfecha y que va a vivir para siempre.

Este convencimiento constituye una base muy útil al Tentador para poner al hombre al margen de la obra de la redención: hace al ser humano impermeable a los valores que redimen el sufrimiento pasando por el sufrimiento y que son la única manera de oponerse a la mentalidad moderna, pragmática y materialista, en la que el sufrimiento no tiene por qué ser redimido, sencillamente porque no existe.

Una de las formas que tiene el demonio de manipularnos es presentarnos la vida y la supervivencia como el valor supremo y la muerte como el mal máximo que hay que evitar. Haciéndonos olvidar que por encima de eso hay un valor superior y supremo: la unión con Dios, y la obtención o pérdida de esa unión para siempre.

El Enemigo sabe de sobra que lo importante es apartarnos de Dios para siempre, pero mientras intenta separarnos de Dios, nos convence de que lo importante es sobrevivir, mantenernos vivos. A él no le importa que vivamos más con tal de tener esperanza de perdernos para siempre; y le preocupa que podamos morir, si ve que estamos preparados para el cielo.

El tiempo puede jugar a favor del Enemigo, si está aliado con la rutina, el desgaste, el cansancio..., que va produciendo la vida. ¿Cuántas veces los fervores –auténticos- de la infancia o de la juventud se ven ahogados por el «sentido común» de la madurez, o por una prosperidad que va apagando los ideales y cambiando los valores? La comodidad aliada al tiempo nos va ayudando a encajar perfectamente en el mundo. De tal manera que, a pesar de los años, cada vez cuesta más morir.

La juventud, incluso si estamos alejados de Dios, es más propicia para los ideales, que, aunque equivocados, pueden acabar llevándonos a Dios. La madurez es más propicia para la instalación en el mundo, para la mundanidad que hace más difícil el salto hacia Dios.

Una vida más larga es una vida en la que caben más tentaciones, más lucha, más ocasiones de peligro para lo que verdaderamente importa, que es llegar a Dios. Por eso la muerte joven -como demuestra la vida de algunos santos- no es una desgracia, es que se alcanzado pronto la verdadera madurez y la meta.

2. Tentaciones ante incertidumbres y dificultades

Una de las situaciones más favorables para la tentación es la incertidumbre en la que el hombre se encuentra envuelto cuando se ve enfrentado a las distintas posibilidades que el futuro le presenta y que suscitan en él esperanza o temor. Dios quiere que el hombre se ocupe conscientemente del presente y de lo que hace en cada momento; el trabajo del Tentador consiste en desorientarle haciéndole pensar qué le va a pasar. Porque nada inmuniza tanto el alma humana contra Dios como la sensación de «suspense» que provoca la incertidumbre.

El cristiano se somete a la voluntad de Dios acogiendo las realidades que la vida le presenta, sean del tipo de sean, con un

sentido de providencia que le permite decir: «Hágase tu voluntad», porque tiene el convencimiento de que Dios le dará todo lo que necesita para acoger, superar o hacer fructificar lo que le corresponda en cada momento. El Tentador procurará que el hombre nunca piense en la dificultad presente o el temor presente como su cruz, y le hará pensar que su cruz es todo aquello a lo que tiene miedo, todas las dificultades que le pueden sobrevenir en el futuro. Se suscita así un estado de ansiedad generalizado frente a todas las posibles cruces, olvidando que son en su mayoría incompatibles y no pueden suceder todas a la vez; e impulsándonos a intentar superarlas a través de un ejercicio mental de fortaleza o de paciencia por anticipado que no sirve para nada. Dios no deja de ayudar con su gracia a quien afronta el sufrimiento presente y real -incluso cuando este sufrimiento consiste en tener miedo-; pero no puede colaborar con aquel que intenta afrontar al mismo tiempo una docena de diferentes e hipotéticos destinos.

Sor Lucía se está haciendo mayor. No es que esté muy enferma, pero empieza a notar los achaques y las limitaciones. Es un momento de madurez espiritual y serenidad que le permitiría ofrecerse a Dios tal como es, vivir el día a día con paz y presencia de Dios. Pero el demonio quiere turbar esos momentos tan importantes y empieza a sugerirle gran variedad de posibilidades que le obligan a darle vueltas a la cabeza, pero que no se pueden resolver porque no son más que posibilidades: «¿Y si me quedo paralítica? ¿Tendré suficiente humildad para que me tengan que ayudar en todo? Y si me da «un alzheimer» y pierdo la cabeza, ¿cómo podré rezar entonces? Y si faltan vocaciones y tenemos que cerrar esta casa ¿a dónde me mandarán?». Ante cada problema -tan posible como irreal-, sor Lucía siente miedo, tristeza, enfado o inseguridad. Y pierde su tiempo cavilando sobre qué sentiría, qué podría hacer, cómo confiaría en Dios o cómo sería fiel, mientras pierde la oportunidad de vivir todos estos valores en el presente y en las circunstancias concretas, haciendo el acto de confianza y entrega de poner el futuro en las manos de Dios, sabiendo que, cuando llegue lo que sea, Dios dará la luz y la fuerza necesaria.

3. El miedo y la tentación

El miedo y la cobardía son de los pocos vicios que sólo producen sufrimiento y de los que el hombre difícilmente es capaz de

presumir. El miedo hace que el hombre sufra antes, durante y después de la presencia del objeto temido. El Enemigo sabe muy bien que el miedo -como sentimiento- no nos hace daño, que sólo nos puede alejar de Dios el acto de cobardía conscientemente consentido.

Sin embargo, el diablo puede usar el miedo a su favor, especialmente si lo combina con el odio. Esa vergüenza que provoca en nosotros el temor y la cobardía, hace más fácil que el miedo sea la ocasión para que caigamos en el odio porque éste surge como una compensación al sufrimiento y a la vergüenza que ha provocado en nosotros la cobardía. Por eso una forma que tiene el Enemigo de herir gravemente la caridad consiste en comenzar minando nuestro valor, y a partir de ese miedo -inaceptable- crear un odio que tiene difícil solución.

El odio se justifica más fácilmente si lo sentimos por lo que se les ha hecho a otros, porque nos parece más altruista o necesario. Normalmente si me doy cuenta de que odio por el daño que me han hecho, es más fácil que se dispare el mecanismo de la necesidad de perdonar al que nos ha ofendido.

Nuria es bastante cobarde y le cuesta mucho decir en su ambiente de trabajo que es cristiana, que va a misa o que está en un grupo de su parroquia. En principio ese temor es una circunstancia que puede servir para que Nuria se supere, venza el miedo y dé un testimonio más eficaz por más costoso. Dios no le pide que no tenga miedo, sino que dé testimonio aunque sea con temor. Pero el Enemigo usa ese miedo para crear en Nuria un creciente malestar y enemistad con sus compañeros: su oposición (real o ficticia) la ve como una agresión, sus posturas ante la fe como una justificación para sentirlos enemigos y no destinatarios de su testimonio, su mundanidad como una excusa para su cobardía..., y su oposición se nota: sus compañeros ven la distancia, notan su juicio y su desconfianza; sólo falta que diga que es cristiana para que ellos tengan la explicación de por qué es «tan rara».

La cobardía tiene una ventaja que debemos aprovechar a nuestro favor: ya que es muy difícil que nos sintamos orgullosos de ella, la cobardía reconocida nos puede llevar a conocernos a nosotros mismos y de ese reconocimiento a la humildad sólo hay un paso. Y eso puede ser el comienzo de la conversión. El gran peligro de la cobardía reconocida es que el Enemigo nos lleve a la desesperación. Judas fue cobarde y desesperó. Pedro fue cobarde

y reforzó su humildad y su fidelidad por el reconocimiento de su cobardía.

El valor -lo opuesto al miedo- es necesario para todas las virtudes, especialmente en su momento de prueba. El valor es necesario para la fidelidad. Pilato fue clemente con Jesús hasta que resultó peligroso para él; fue más cobarde que malo. El Enemigo, que quiere hacernos cobardes, sabe que cuantas más precauciones tomamos para evitar algo, más miedo nos provoca. También nos aumenta el miedo empujándonos a dar vueltas a la cabeza sobre lo que podemos o no hacer ante diversas dificultades y peligros -muchas veces hipotéticas o incompatibles-, en lugar de cumplir sencillamente con nuestro deber. El diablo crea en nosotros la sensación de que tenemos que hacer algo más que nuestra obligación y agarrarnos a la ayuda de Dios. Ante la tentación del miedo, la mejor reacción es la del que humildemente se reconoce débil y hace -aún con miedo- lo que está en su mano hacer. Esto nos hace a la vez fieles y humildes, en un acto que por vencer el miedo es más valioso a los ojos de Dios.

4. Tentaciones en los momentos bajos

Dentro de los altos y bajos entre los que naturalmente fluctúa el alma humana, y para lograr su objetivo de comunión de amor, Dios se apoya más en los bajos que en los altos; como se ve especialmente en las purificaciones que han atravesado los hombres que más se han acercado a él. Por ser momentos privilegiados de gracia, estos estados o momentos son también necesariamente ocasiones oportunas de tentación. Estos momentos bajos suponen la experiencia de dificultades interiores, oscuridad, monotonía, sequedad espiritual, desánimo o lejanía de Dios. Y son permitidos por la Providencia para que el hombre madure interiormente y crezca en la fe aprendiendo a responder con libertad al amor de Dios y a mantenerse en fidelidad con sus propias fuerzas; con la eficacia que da a estas acciones humanas una presencia de Dios tanto más poderosa cuanto menos sensible.

En este estado, el Enemigo suele dirigir las tentaciones por el camino de la sensualidad, especialmente del sexo. Precisamente porque el estado gris, frío y vacío del interior del hombre le hace

sentir una mayor necesidad de compensaciones materiales y sensibles.

Pero la tentación más peligrosa en los momentos bajos es la que hace referencia precisamente al mismo estado anímico del hombre. El primer paso consiste en mantenerle inconsciente de su estado, sin sospechar la existencia natural de fluctuaciones en el alma; así el hombre supone que el fervor o la ilusión sensible deberían haber durado siempre y que su aridez actual durará siempre. Una vez se fija en la mente humana este error, la tentación puede discurrir por varios cauces.

-Si se trata de una persona depresiva, a la que se puede inducir a la desesperación, el Enemigo no necesita más que mantenerle lejos de cristianos de fe viva (cada día más escasos), dirigir su atención a los pasajes más adecuados de las Escrituras y luego ponerle a trabajar en el desesperado plan de recobrar sus sentimientos por pura fuerza de voluntad. Como tal intento es imposible, el éxito de la tentación de desesperación está garantizado.

-Si se trata del hombre inclinado a pensar lo que quiere, al que se le puede asegurar que todo va bien, la tentación le llevará a resignarse a la actual baja temperatura de su espíritu y que gradualmente se contente convenciéndose a sí mismo de que, al fin y al cabo, no es tan baja. En breve lo veremos pensando en que quizá los fervores propios del momento anterior eran un poco excesivos. El Tentador sugerirá hábilmente la «moderación» en todas las cosas. Una vez que consiga hacerle pensar que «la fe está muy bien, pero hasta cierto punto», tendrá la victoria casi lograda. Una fe moderada es tan buena para el Enemigo como la falta absoluta de fe; y, encima, le resulta más divertida.

De este tipo de tentaciones, el modo más eficaz de defenderse no es otro que la disposición generosa del hombre que está en un momento bajo a cumplir fielmente la voluntad de un Dios que parece haber desaparecido del universo y de su propia vida. Con la esperanza de que tanto los «altos» como los «bajos» no duran para siempre.

5. Tentación ante el pecado

Cuando hemos caído en el pecado, y para evitar los efectos de una sincera conversión, el Enemigo suscita la tentación del arrepentimiento sensible. Cuando -por la acción de la gracia o porque se hacen evidentes los frutos de nuestros errores- caemos en la cuenta de nuestro pecado, el Tentador tiene una forma muy eficaz de esterilizar el camino que se abre gracias a la conciencia de pecado y a la misericordia de Dios. Como ya es demasiado tarde para llevarnos a la inconsciencia, el diablo subraya el sentimiento de culpa, pero intenta impedir que hagamos nada eficaz para cambiar. Quiere evitar por todos los medios que nos encaminemos eficazmente a la conversión.

Para ello, el Enemigo nos distrae con un sentimiento de culpa, incluso exagerado, que puede llevar a las lágrimas, al reconocimiento humilde -o desorbitado- de nuestras culpas o al propósito de penitencias y reparaciones imposibles. El Tentador sabe que todo eso no vale de nada, si no nos mueve a actuar, a cambiar y a poner los medios que estén en nuestra mano. No le importa que escribamos nuestro propio libro de las Confesiones o que nos revolquemos en nuestra propia miseria, si no hacemos nada eficaz por salir de ella. ¿De qué le hubiera servido al hijo pródigo reconocer con grandes lamentos y lágrimas diciendo: «he pecado contra el cielo y contra ti», si no se hubiera puesto en camino a casa del padre?

Las «lágrimas de cocodrilo» son el mejor antídoto para una serena toma de conciencia de la situación y de las decisiones necesarias. El diablo sabe que esos sentimientos son pasajeros y que, si nos acostumbramos a sentir sin actuar, cada vez somos menos capaces de sentir arrepentimiento y convertirnos de verdad.

Fina trabaja en una casa como empleada del hogar; es buena chica, pero tiene dos defectos: la crítica y la «sisa». Se confiesa cada poco y acude al confesor con un «gran arrepentimiento» bastante aparatoso: con un terrible sentimiento de culpa reconoce su pecado inundada en lágrimas y está dispuesta a grandes penitencias. El confesor la tranquiliza, le dice que no es para tanto, que Dios la perdona, que procure enmendarse..., y ella se va ya tranquila, con el problema resuelto. Su sentimiento de culpa no le sirve ni para plantearse serenamente las cosas ni para ir mejorando.

6. La exquisitez como tentación

Como el Enemigo tiene un especial interés en engañarnos y no le interesan los vicios por sí mismos, sino como medios para alejarnos de Dios, ha «inventado» una forma de gula más sutil y eficaz para sus intereses, que ni siquiera parece gula porque no consiste en comer mucho, ni siquiera en comer cosas caras.

Le podemos llamar «gula de exquisitez» y consiste en apegarnos a una comida concreta o una forma determinada de preparar un plato que, aunque puede parecer más sencilla o incluso más austera que la que tenemos delante, nos lleva a impacientarnos si no la conseguimos. Se puede formular de una forma que aparenta humildad o sencillez: «yo me conformo con..., pero que esté bien hecho»; pero esa «simple» exigencia encierra una exquisitez intransigente. Pueden ser unas simples tostadas, pero por ser «simples» exigimos que estén «bien crujientes». Nos empeñamos en que nos pongan «un poco menos», aunque represente una notable incomodidad para los demás. No queremos comer cosas «tan complicadas» aunque ya estén preparadas.

El fin del Tentador en este caso no es que comamos mucho, ni que nos gastemos mucho dinero en la comida, sino llevarnos fácil y sutilmente a faltar a la caridad despreciando lo que se nos ofrece, a impacientarnos y quejarnos porque no hemos conseguido lo que queríamos -«aunque era tan sencillo»-, y en definitiva a centrarnos en nosotros mismos y empeñarnos en conseguir lo que nosotros queremos. Si esto sucede, el Enemigo puede dominarnos por medio de la comida, aunque no sea por su cantidad, mientras pensamos que practicamos la templanza. Por medio de esta gula no caeremos en el exceso de comida pero sí en el mal humor, en la intransigencia o en la falta de caridad.

Hay una variedad de esta gula -más eficaz para los varones- que se mezcla con la vanidad del entendido: el que presume de saber distinguir un «buen» vino o conocer dónde se come una «buena» paella. De ahí el Enemigo nos lleva fácilmente a acostumbrarnos a esos pequeños placeres, a sentirnos con derecho a tenerlos, y a irritarnos si no los conseguimos o si fallan nuestras previsiones de «expertos». A partir de esto -nada aparentemente grave-, el

demonio puede llevarnos con un pequeño empujoncito a la falta de caridad o la ira.

El Enemigo puede emplear este mecanismo de «exquisitez» con multitud de cosas que nada tienen que ver con la comida: una «buena» película, una conversación «amena», la temperatura «adecuada»..., pueden ser apegos aparentemente inocentes que nos lleven a la falta de caridad y a centrarnos en nosotros mismos.

7. La gula y la castidad

Para lo que sí vale la gula de cantidad es como ataque previo contra la castidad. El Enemigo sabe -y nosotros solemos olvidarlo- que un exceso en la comida o en la bebida es un terreno propicio para las tentaciones contra la carne. Una ligera abstinencia que evita ciertos excesos es muy útil para evitar tentaciones contra la castidad que aparentemente no tienen nada que ver.

8. Tentaciones en el enamoramiento

Como dice la Escritura, el amor proviene de Dios y Dios es amor; por eso, el amor no puede ser un instrumento de tentación útil para el Enemigo. Sin embargo, el Tentador ha introducido un peligroso equívoco que distorsiona el amor, especialmente el amor entre hombre y mujer. Consiste en reducir el amor a «enamoramiento»; o, dicho de otro modo, hacer creer que sólo existe el amor en la medida que se da este fuerte sentimiento. La literatura, el cine y las letras de las canciones son un arma eficaz para convencernos de que sólo hay amor cuando existe ese sentimiento y que ésta es la única razón para empezar o terminar una relación. El mecanismo consiste en fundamentar el matrimonio en un cimiento -el sentimiento- que por sí mismo es pasajero e insuficiente.

Este equívoco es útil al Enemigo de dos modos distintos. Primero para provocar una unión precipitada en función de ese enamoramiento, que desemboca inevitablemente en fracaso porque no se sustenta en un conocimiento mutuo y en un amor consciente y maduro. También sirve para hacer creer que, cuando falta o se reduce ese atractivo, se ha terminado el amor y por lo tanto hay que romper una unión que «ya no tiene sentido». Como puede verse

constituye un arma eficaz para oponerse al plan de Dios sobre el matrimonio y para producir la infelicidad de los hombres.

La unión que Dios quiere para un matrimonio se fundamenta desde luego en el amor, pero no sólo en el sentimiento: un amor que se traduce en fidelidad, entrega, vida común y objetivos compartidos..., en una unión que va más allá del simple sentimiento.

Téngase en cuenta que esta reducción del amor a sentimiento le es útil al Tentador en otros campos, por ejemplo, en la relación con Dios y la oración. Nos hace creer que cuando se termina la primera fascinación por Dios o viene la sequedad en la oración ya no nos ama ni le amamos y abandonamos una relación con Dios que tiene que ir más allá del sentimiento.

9. El falso desinterés en las relaciones humanas

Un modo simple pero eficaz que tiene el Tentador de complicar las relaciones humanas es proponernos un falso desinterés.

Se trata de algo que en principio parece muy conveniente: renunciar a nuestros gustos a nuestros puntos de vista para conseguir la paz y la armonía en la convivencia. El problema viene cuando ese desinterés no es verdadero y renunciamos a algo, pero para quedar bien o dárnoslas de mártires o poder echarles en cara a los demás que siempre se salen con la suya..., en definitiva, por parecer o creernos desinteresados.

La cosa se complica cuando los demás aplican el mismo falso desinterés y cada uno defiende lo contrario a lo que piensa y a lo que le gusta. No hay forma de enterarse de lo que realmente quiere cada cual, ni de ponerse de acuerdo. Al final todo el mundo se siente herido, y creen que con razón, porque «ellos han intentado ser generosos».

El asunto se complica aún más si cada uno entiende por desinterés una cosa distinta. Unos -en general las mujeres- entienden el desinterés como «tomarse molestias por los demás», mientras que otros -los hombres- también por desinterés intentan «no molestar a los demás». Unos se ven agobiados por el «desinterés» de las otras, y éstas están desencantadas del «desinterés» de ellos. De este modo, cada uno, queriendo ser

desinteresado, entiende que el otro no lo es, molesta al otro y se siente molesto por su actitud. Y lo peor es que el mismo «desinterés» les lleve a ocultar su malestar.

Muchos de estos gérmenes que adulteran la convivencia tardan mucho tiempo en salir y cuando lo hacen tienen ya difícil arreglo.

La forma de luchar y desenmascarar estas tentaciones que enmarañan las relaciones es la sinceridad y la sencillez: si cada uno defiende lo suyo -con sinceridad y humildad- es más fácil entenderse, llegar a un acuerdo o incluso a una verdadera renuncia.